

BOLSIBROS
BRUGUERA

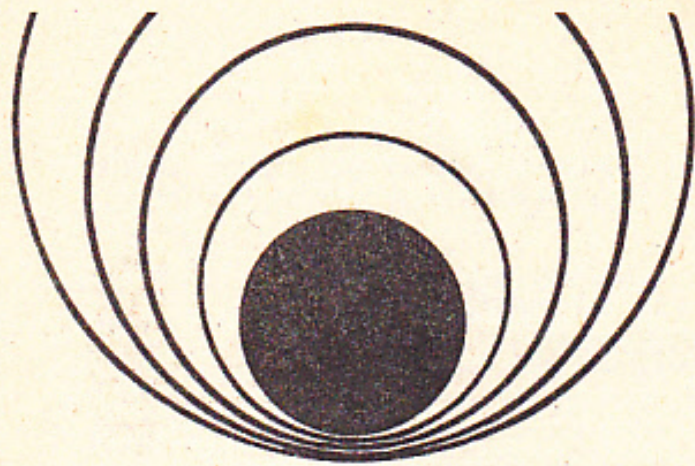
PUNTO
ROJO

ASESINAR AL IDOLO

Andy...
Ralph Barby

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





PUNTO ROJO



RALPH BARBY
ASESINAR AL IDOLO

Colección PUNTO ROJO n.º 1010
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838..— La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734. — Li comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881. — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585. — Colt a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.596. — Chantaje entre tiburones.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.321. — Bañera de plata para Fred *Apache*.

En Colección PUNTO ROJO:

986. — ¿Le apetecen unos millones de dólares?

En Colección ASES DEL OESTE:

647. — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351. — La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85. — Una bala para un «Colt».

ISBN 84-02 02520 X Depósito legal: B. 20.603-1981

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: agosto. 1981

© Ralph Barby - 1981

texto

© M. García - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

—Estoy cansado.

—¿Cansado, de qué? —Chester se rió sonoramente.

Grant Fox exhaló un profundo suspiro, los hombros semejaban pesarle. En aquellos momentos, su rostro reflejaba los años que realmente tenía, quizá más.

—Siempre es lo mismo.

—El éxito nunca cansa, Grant Fox, nunca.

—Siempre veo las mismas caras, oigo idénticos gritos, me ciegan los mismos focos...

—Eres un tipo raro, Grant Fox, por eso todo lo que tocas se convierte en oro. Si toda esa gente no estuviera dándose codazos por verte, oír tu música y tu voz en directo, entonces sí que llorarías. Para saber lo que es el éxito hay que tenerlo y perderlo luego. No llegues nunca a la pendiente, Grant Fox, aunque pienso que los tipos que resisten tanto tiempo en la cúspide jamás caen por la pendiente.

—¿Para qué cantar más? ¿Para qué más música?

—Para seguir proporcionando placer a quienes te siguen.

—Si no estuviera yo, seguirían a otro. Las masas las mueven los tipos como tú, los del cotarro de la publicidad, los de la tele, los reporteros... Vosotros sois como vaqueros conduciendo el ganado.

—Algo de eso hay, pero, ¿y las estampidas? Cuando no puedes controlar a la manada, salta enloquecida.

—A quien aplastan entonces es al ídolo.

—Esta noche pareces muy deprimido, Grant Fox —dijo Chester pelando una banana y empezando a comérsela.

—¿Cuánto falta?

—¿No tienes reloj?

—Dicen que el mejor del mundo, pero no quiero mirarlo. ¿Cuánto falta?

Chester se encogió de hombros.

No era el ejecutivo clásico, de traje y corbata. De ordinario llevaba las ropas más estrafalarias, pero controlaba muy bien todo lo que hacía referencia a la promoción del popular Grant Fox.

—Trece minutos...

—El trece, buen número. Un olivo, trece ramas, trece hojas, trece frutos...

—Eso es el símbolo del dólar.

—Lo sé, lo sé —asintió con voz que semejaba apagarse.

Comenzaron a aporrear el amplio camerino instalado dentro de una gran roulotte hasta que consiguieron abrir la puerta.

Allí había un montón de rostros fanatizados, muchas mujeres que suplicaban con la mirada, deseaban con los labios, mordían con sus dientes la imagen del ídolo.

—¡Fuera, fuera, fuera!

Chester empujó a la gente, no quería que viesen al ídolo fatigado, bajo de moral.

—¡Agentes, saquen a estas mujeres de aquí o se van a comer la plancha, que es de aluminio! —gritó.

A duras penas logró cerrar la roulotte.

—Creo que algún día me devorarán.

—Lo necesitan. Hay que comerse a alguien, eso es tan viejo como la humanidad misma. Hay que comerse la imagen, el espíritu del ídolo, para ser grande y ellas lo creen. Si pudieras, Grant Fox, si pudieras, ¿sabes de cuántos hijos serías padre? —Soltó una carcajada sonora—. Pero me temo que tú no eres las cataratas del Niágara...

Chester era muy corpulento y aún lo parecía más debido a los chalecos de astracán con que solía vestirse. Llevaba barba rizada y una peluca cubría su calva.

En cambio, Grant Fox era delgado, magro, alto, de manos larguísimas. Usaba gafas con una montura diseñada especialmente para él; eran gafas de cristales triangulares con uno de los vértices puesto hacia arriba, lo que le daba un aspecto muy especial. Se vendían copias de aquellas gafas en plan barato y eran decenas de millares las fans que las usaban.

Chester abrió una caja en la que podía leerse «pop corns» y de su interior extrajo una jeringuilla hipodérmica completa y ya cargada; era la forma de evitar infecciones.

Aquel inyectable de aguja muy larga resultaba un lujo carísimo que sólo hombres como Grant Fox podían pagar.

—Vamos, abre la boca.

—No deseo drogarme ahora, Chester.

—No seas bastardo, hijo de perra, abre la boca. Eres un genio de la música moderna. Para toda esa gente que hay fuera, al otro lado de los televisores, escuchando los transistores, tus discos o tus cassettes, eres un mesías, su mesías. ¿Acaso piensas defraudarlos? Abre la boca o te doy un puñetazo en el hígado.

—¿Por qué me tratas así, Chester? Yo no te he hecho daño jamás.

—Te trato como mereces. Siempre que te pones depresivo, dices idioteces. Si comieras bananas como yo, verías cómo la vida sería diferente para ti.

—¿Bananas? ¿Por qué comes tantas bananas, Chester?

—Para que no me las metan por donde tú sabes. Vamos, abre la

boca, ídolo de las jovencitas y de las no tan jovencitas.

Hundió la aguja por debajo de la lengua. Grant Fox ni se quejó y el contenido de la jeringa pasó a la sangre por la gran vena de la lengua.

—Eso está bien.

—Soy bastardo, Chester, un bastardo. Dejo que se me utilice en este mundo materialista.

—No puedes impedirlo. Tú mueves a la gente, a cientos de miles, a millones, los mueves como te da la gana y eso crea negocio. Es cierto que vivimos en una mierda de mundo materialista, pero ¿acaso puedes cambiarlo? ¿Vas a hacer una guerra para que nos matemos todos? Si quieren ser borregos, déjalos, déjalos y canta con tu guitarra, canta, que eso es lo que desean. Después sueñan contigo, sueñan que vuelan, tú eres su mesías.

—Yo no soy nada, Chester, nada.

—¿De veras? —le preguntó echándosele encima, cogiéndole los pómulos con los pulgares y estirándoselos hacia abajo para mejor escrutar sus ojos—. Vamos, vamos, reacciona. Ahora, ahora, parece que tus ojos cambian... Esta noche volverás a ser el Grant Fox que todos conocemos, y no lloriquees que estás solo dentro de la multitud porque yo te estoy cuidando como si fuera la madre que te parió, yo, el grandullón Chester.

—Si no comieras tantas bananas, no estarías tan gordo.

—Ajá, así me gusta, Grant Fox.

Le palmeó ambas mejillas al mismo tiempo, con tanta violencia que éstas enrojecieron de golpe.

—Eso está bien, reaccionas, ya lo creo que reaccionas. Llámame gordo y todo lo que quieras, pero reacciona, grita. Di conmigo «soy el mejor, soy el mejor...»

—¿Y si la poli encuentra el inyectable?

—¿La poli, los de afuera? —Se echó a reír de nuevo—. Si ya saben que nos picamos, hermano. Buenos dólares pago para que no nos molesten. Yo creo en el gran dios dólar, Grant Fox, es el que manda, y si no, pregúntaselo a los que están en el meollo, ya sabes, en la Casablanca o donde quieras, no importa el país. Tú eres el creador de dioses porque conviertes tus poemas, tus canciones, en dólares.

—Eres un maldito cerdo, Chester, un maldito cerdo...

—Eso, eso está bien. Magnífico, excitante, pon música... Eres un maldito cerdo, Chester, eres un maldito cerdo... Verás cómo rugen los que te siguen.

—¡Faltan tres minutos! —advirtió una voz que les llegó a través de un emisor que tenían dentro de la roulotte.

—Prepárate, Grant Fox. Pondremos un poco de polvitos rosados para darle color a tu cara.

Lo cogió por los brazos y lo miró de lado, como si los planos en el espacio se hubieran invertido.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Bien, tengo más energía, una energía falsa, una energía que no es mía y que me consume por dentro, pero me siento solo, solo desde que murió Pink.

—Olvidalo, fue un accidente, sí, un accidente, olvidalo.

Mientras Chester le retocaba el rostro, el rasgó con su guitarra para dar agilidad a sus dedos. No iba a salir con aquella guitarra al escenario.

—¡Eh, hijos de la gran madre! —aulló Chester por el micro del emisor—. ¿Tenéis la escolta preparada fuera?

—Sí, sí, la tenemos; todo está listo —le respondieron.

—Ya lo oyes, todo está listo. No hay que perder tiempo y no alargues la actuación. Si te piden «otra, otra, otra», sonríe y mándalos a la mierda, no se te vaya a pasar el efecto del picotazo y te pongas a lloriquear en el escenario llamando a Pink que está en los cielos.

Abrió la puerta.

Afuera aguardaba una patrulla de agentes de uniforme que sonreían. Algunos tenían dispuesto un bloc de autógrafos y sus correspondientes bolígrafos.

—Por favor, firme, firme aquí...

Grant Fox firmaba sin mirar a través de los dos triángulos de cristal que eran sus gafas.

El gran auditorio rugía, el conjunto de músicos había comenzado a tocar la canción de Grant Fox que más éxito había alcanzado, la más popular.

Los policías se detuvieron al borde del escenario y Grant Fox siguió adelante. Chester le vio a distancia; sonreía, miraba al público, todos rugían, hacía calor.

—Esto marcha, la taquilla a reventar.

Grant Fox fue hacia el micrófono central y en medio de un intenso clamor comenzó a cantar la canción que sus músicos acompañantes estaban tocando.

Los focos sicológicos bombardearon su figura, sus gafas que despedían miles de destellos.

El ingeniero electrónico comenzó a subir la potencia decibélica. Todo allí parecía hundirse, era como estar en el epicentro de un horrisono terremoto.

Terminó la canción y alguien pasó una guitarra a Grant Fox, una guitarra que semejava cubierta de brillantes por los reflejos que

producía a la luz de los focos multicolores de gran potencia.

Hizo girar la guitarra varias veces en su mano, cogiéndola por el mástil y el público rugió aún más.

Todos sabían que, al final de la actuación, aquella guitarra saltaría hecha pedazos para no volver a tocar más y que las fans más feroces cogerían las astillas, los pedacitos del instrumento, para llevárselos a sus casas, meterlos en sus camas y soñar con la vibrante música que las hacía temblar desde los pies hasta las raíces de los cabellos.

—Bien, Chester, bien, esto funciona, estás en órbita, pronto tocarás el sol —gruñía Chester al tiempo que alargaba su manaza y cogía por el cuello a un tipo escurridizo, casi levantándolo en el aire.

—¡Eh, que me ahorca! —protestó cuando Grant Fox comenzó a cantar.

—¿Cuánto se ha recogido?

—Pues, tengo, tengo que...

—¿Cuánto? —exigió mostrándole los dientes sin dejar de sonreír.

—Entre la taquilla, los derechos de publicidad y la televisión, setecientos mil más o menos.

—Bueno, bueno, luego quiero las cuentas claras.

—Por supuesto, siempre están claras —se apresuró a decir aquel hombre pequeño, alejándose de Chester, que seguía vigilando a Grant Fox.

Al terminar la primera canción, pues podía considerarse que de la anterior sólo había cantado la mitad, como presentación, el clamor de los millares de seguidores fue ensordecedor.

Se levantaron de sus butacas y arrojaron por el aire millares y millares de galletas triangulares de distintos colores y que llevaban el nombre de Grant Fox.

De pronto, alguien que salió del corredor central y avanzó hacia el escenario no parecía participar de aquel entusiasmo enfervorizado. Llevaba algo entre sus dos manos levantadas.

Chester lo vio y también lo vio Grant Fox a través de sus ojos protegidos con cristales de forma de triángulo; pero Grant sonreía a todo el mundo, sonreía a la muerte.

Un fogonazo tras otro brotó de la gruesa pistola que aquel asesino sostenía entre sus manos mientras corría hacia el ídolo de las multitudes, hacia el ídolo de la canción.

—¡Quieto, hijo de perra! —rugió Chester.

Saltó por el escenario y cayendo desde lo alto, se le arrojó encima. Ya no quedaban más balas en la petaca de la pistola de grueso calibre.

Detrás del micrófono, de pie, el ídolo dobló sus piernas y cayó

sobre el entarimado. La guitarra quedó torcida sobre su cuerpo y un cristal triangular porque el otro sólo era un hueco vacío como vacío estaba el ojo perforado, se manchó de sangre.

Un silencio casi diabólico inundó el gran auditorio, mientras Chester, babeando de rabia, daba un puñetazo tras otro al asesino que tenía tumbado en el suelo bajo sus rodillas, un asesino que ni siquiera se defendía.

Los policías corrieron hacia ellos cuando la multitud allí agolpada pasó del silencio a un rugido de dolor y entonces, entonces se produjo la gran estampida.

—¡Déjelo, déjelo, es cosa nuestra! —gritaron a Chester los policías.

—¡El cuerpo, el cuerpo de Grant Fox! —aulló Chester.

La multitud, enloquecida, había abandonado sus butacas y fuera de sí corría hacia el escenario. Quería tocar el cadáver del ídolo, el dios que no resucitaría. Querían algo de él, una reliquia que se lo recordara a perpetuidad.

Los músicos arrojaron sus instrumentos. Cogieron cadáver de Grant Fox y se lo llevaron corriendo mientras cientos de millares de manos se tendían hacia ellos.

El comandante del grupo de policías destacado en el auditorio llamaba casi a gritos por la radio de un patrullero.

—¡Rápido, envíen cuantos coches puedan, acaban de asesinar a Grant Fox!

CAPITULO II

Lewis L. Benson era un tipo extraordinariamente delgado, de mirada huidiza, con un labio inferior muy fino, apenas inexistente.

Algunos médicos, al ver su fotografía en la televisión, de entrada lo catalogaron como un esquizoide. Rubio y un poco encorvado, su columna vertebral parecía incapaz de sostener en alto una cabeza que resultaba pequeña.

Hacía muy poco desde que Lewis L. Benson fuera licenciado de la Navy, en la cual había pasado como un oscuro marinero más.

—¡Eh!

El empujón le hizo cruzar la puerta del gimnasio, sin llegar a ver a quién le había empujado.

Dos tipos más fuertes que él lo sujetaron mientras un tercero subía el volumen de una cassette musical, era música vibrante del Grant Fox.

Una tira de esparadrapo le tapó la boca mientras le ataban sobre el potro. Quiso desasirse sin conseguirlo, era un tipo de escasa fuerza y bastante torpe en la lucha.

En el recinto entró otro de los penados de la prisión del estado.

Era un hombre bajo, de boca exageradamente grande y bigote fino y recortado. Olía a colonia de la mejor clase.

Lewis Benson se sintió cogido por los cabellos, cerca de la frente, y su rostro quedó en alto pese a la posición de su cuerpo. El estirón de cabello hizo que le saltaran las lágrimas.

—¿Sabes quién soy?

Lewis Benson ni siquiera pudo mover la cabeza para negar. — Soy Cryton, el jefe aquí, ¿lo sabías? Tú puedes morir si yo quiero y a mí no me pasará nada. Te lo digo despacio para que se te meta en la sesera. Mira, mira hacia la puerta... Si crees que durante un buen rato va a entrar algún vigilante de la prisión para salvarte, estás equivocado. No entrará nadie porque Cryton, que es el hijo de mi madre, ha dicho «private, no molestar». ¿Comprendido, bastardo de perra, comprendido? Ahora, te voy a sacar el esparadrapo y tú me dirás quién te pagó por el trabajo. Espero que no seas idiota y me lo digas a la primera.

Cryton le arrancó el esparadrapo de un tirón, le hizo daño mientras seguía sosteniéndole la cabeza por los cabellos y tres penados más controlaban la situación.

De golpe, Lewis L. Benson se puso a gritar.

Cryton, el mafioso más poderoso del penal, hizo un gesto y le volvieron a tapar la boca con otro pedazo de esparadrapo,

ahogando sus gritos.

—Veo que has sido lo suficientemente estúpido como para no entender a la primera y eso tiene un precio. Mentiría si dijera que lo siento. Vas a pagar para que vayas entrando en ratón a la segunda oportunidad que te dé.

Lewis, atado como estaba sobre el potro, no pudo ver lo que le hacían, pero sí notó que le quitaban el zapato, luego el calcetín.

Sintió un dolor horrible, el dolor más grande que había sufrido en su vida. Sus gritos, sus aullidos, quedaban frenados por el esparadrapo que le amordazaba.

—Te están rompiendo los dedos de tu pie derecho, uno a uno y despacio para que notes bien el dolor. Ya sé que duele, pero eres joven y puedes aguantar.

La tortura prosiguió.

Los cinco dedos fueron machacados entre dos bolas de hierro con maligna precisión. Cryton sabía escoger a los verdugos que operaban a sus órdenes dentro del recinto cerrado del penal del estado.

—Quiero saber quién te pagó por la muerte de Grant Fox. Quisiste pasar por loco, pero no te salió bien el juego. Supongo que en alguna parte tienes escondido el dinero que te han pagado, eso no me interesa. Yo sólo quiero que me digas el nombre de quién te pagó por el asesinato. Te voy a quitar el esparadrapo y espero que no cometas la idiotez de volver a chillar. ¿De acuerdo, bastardo de perra?

Le arrancó el esparadrapo manteniéndolo cogido por los cabellos mientras los ojos de Lewis Benson aparecían empañados por las lágrimas de un dolor inaguantable.

Lewis L. Benson no sólo no le dijo a Cryton lo que éste exigía, sino que le escupió a la cara.

Volvieron a taparle la boca y prosiguió la tortura.

Media hora más tarde, sin que nadie pareciera notar nada anormal, dos hombres de entre los fuertes del penal, cogieron el cuerpo casi inconsciente de Lewis Benson y lo lanzaron por encima de la baranda metálica del cuarto piso.

Rápidamente, se echaron hacia atrás y Lewis Benson salió volando.

Antes de llegar al duro suelo del patio de celdas, gritó, gritó sin conseguir articular palabra.

* * *

El matrimonio Danski vivía en una casa amplia pero austera; por su forma de ser y comportarse se les podía calificar como de auténticos puritanos.

El viejo Danski cuidaba él mismo del jardín que había frente a la casa y de la huerta que se hallaba detrás. No comían absolutamente nada de carne y de los derivados animales; sólo consumían queso, huevos y miel.

En su residencia no había ningún aparato de televisión y tampoco de radio, Sólo tenían cassettes. Por altavoces distribuidos en toda la casa, sólo se podía oír música que cabía catalogar como religiosa y versículos de la Biblia, con una muy especial interpretación de la misma.

Evitaban los colores alegres y fuertes. Blancos, grises, negros y morados eran los colores de la secta «Todo a Dios» y por tanto, éstos eran los colores que mantenían en su residencia e indumentaria el matrimonio Danski.

Mary, de trece años, era la nieta de los Danski y vivía con ellos. Parecía acostumbrada a aquella casa en la que se había desarrollado y crecido.

Los Danski habían acabado ingresando a su nieta en una escuela estrictamente puritana y la niña carecía de amistades, pues iba y volvía del colegio acompañada de sus abuelos o bien por algún otro miembro de la secta en el que se confiara plenamente, en especial los que formaban la legión de acólitos de los «maestres» de la orden.

Mary no conocía la música moderna y había sabido de su padre después de que éste fuera enterrado.

Sus abuelos no la llevaron al cementerio el mismo día de la inhumación si no una semana después y casi de amanecida para no encontrarse con admiradores de Grant Fox.

La tumba era una montaña de flores, flores de colores intensos, flores que gritaban vida con su policromía, flores que hablaban de inmortalidad; sin embargo, el cielo estaba gris y parecía que acabaría lloviendo.

—Aquí yace para siempre tu padre, Mary —le había dicho el abuelo Danski sin previo aviso.

La muchacha se sintió anonadada.

Había hecho más de setecientas millas en apenas dos días para llegar a aquel cementerio que pisaba por primera vez con sus delicados pies.

El abuelo Danski, nada más conocer la noticia de la muerte de su hijo, preparó su coche y los tres se marcharon a una colonia de meditación que la secta «Todo a Dios» tenía en las montañas, en un lugar muy recóndito, un valle solitario donde Mary había creído disfrutar de unas cortas vacaciones contactando con la naturaleza.

Pero, al final de aquellas vacaciones con las cuales, sin saberlo,

había escapado a los reporteros de televisión, radio y periódicos, Mary se encontró en el cementerio, ante una tumba cubierta por una montaña de flores. Había tantas flores que no podía leerse el nombre de la lápida de mármol rojo.

—¿No me habías dicho que papá había muerto junto con mamá, en un accidente de automóvil?

—Tuvimos que decírtelo, Mary —intentó explicar la abuela—. Tu padre, nuestro hijo, vivía una vida vana y mundanal, alejado de Dios. Ahora ha muerto y tenías que saberlo.

—¿Y quién ha traído todas estas flores?

—Sus amigos —explicó la abuela, a regañadientes.

—Pues papá debería tener muchos amigos, ¿verdad, abuelo?

—Ya has visto la tumba de tu padre, Mary. Ahora, él está al otro lado de la vida, de este mundo sucio y podrido y rendirá cuentas de sus actos. Vámonos, va a celebrarse un funeral por tu padre en la capilla grande de la orden. Espero que te comportes como lo que eres: una digna hija y esclava del Todopoderoso. Vámonos.

Mary se alejó de la tumba pero volvió varias veces la cabeza para ver aquella montaña de flores que cubría la sepultura de su padre, un padre del que no había visto ni una sola fotografía, un hombre al que todo el mundo conocía y cuya imagen había sido escamoteada a su propia hija.

Comenzó a llover. Era una lluvia fina que produjo una sensación de tristeza en Mary. No supo muy bien por qué motivos, aunque los había, Mary se dejó llevar por la congoja que la invadió y comenzó a sollozar.

—No te preocupes, Mary. Pediremos piedad por tu padre —le dijo la abuela Danski mientras el abuelo conducía lentamente sobre el asfalto mojado.

CAPITULO III

El automóvil, un «Lincoln» último modelo azul oscuro, apto para altos ejecutivos, se detuvo en el estacionamiento frente al almacén de la Sporting Company.

Aquel lugar era espacioso, despejado. Podía oírse el roncar del motor de un coche de carreras sin tubo de escape.

Fergus abrió su pitillera de oro, extrajo un cigarrillo de alta calidad y le prendió fuego tras sostenerlo entre sus labios. Después, abandonó su automóvil y se fue hacia el almacén de venta de coches deportivos usados.

Fergus no era ningún joven, los años ya pesaban sobre sus costillas; sin embargo, gustaba de vestir y vivir bien.

Pudo ver automóviles pintados de los más diversos colores, la mayoría de ellos muy chillones, rojos, amarillos, negros, azules, brillantes y blancos. Había tres de fórmula uno, varios del tipo gran deportivo cupé y otros coches aptos para carreras de turismos.

Como era lógico, todos los motores se habían retocado para rendir más.

Se fijó en uno de los automóviles de fórmula uno; su motor era el que rugía. Allí había tres hombres, uno al volante, otro con mono azul y varias llaves inglesas en la mano, y un tercero con mono blanco y gafas, que vigilaba y daba órdenes.

—Hay que vigilar el circuito de aceite —dijo el que se hallaba al volante, quitando la llave y saliendo del coche.

El hombre del mono blanco se enjugó la frente, sudaba.

—Lo arreglaremos, Tramp, lo arreglaremos.

—No se puede vender tal como está, este motor tendría un recalentamiento a las primeras veinte millas.

Tramp reparó entonces en el recién llegado. Mientras el ingeniero y el mecánico se quedaban hablando entre ellos, se le acercó.

—Hola, capitán Fergus. ¿Se interesa por los coches deportivos?

—Los coches deportivos no son mi pasión, prefiero los lujosos y cómodos siempre que al pisarles el acelerador puedan tener una fuerte velocidad punta.

Tramp, mucho más joven, alto, fuerte y en apariencia más delgado, miraba con recelo al recién llegado.

—A mí me interesan más los deportivos, capitán.

—No soy capitán.

—¿Ah, no?

—Hace tiempo que no soy capitán de la policía, Tramp.

—¿Qué viene a buscar, Fergus?

—A un tipo inteligente.

Tramp miró en derredor.

—El mecánico es bueno y el ingeniero también.

—No me intereso por los coches si no por un investigador privado.

—No me diga. Gracias a usted me retiraron la licencia y no me será devuelta hasta dentro de un año.

—Cometiste un error al llevar a cabo un allanamiento de morada.

—Me pasé un poco, es cierto, pero gracias a eso un asesino fue a la cárcel. Lo que pasa es que usted me la tenía jurada, Fergus. Estaba esperando un desliz mío desde el día en que lo mandé al diablo.

—Me dijiste que me fuera a la mierda —le corrigió Fergus.

—Es lo mismo.

—Bueno, bueno. ¿Te ganas la vida vendiendo coches deportivos?

—Salgo adelante junto con mis socios. Vender turismos no era muy estimulante para mí, prefería coches de carreras, Sólo que no hay tantos compradores.

—Puedo compensarte.

—¿De qué?

—Fue mi denuncia la que hizo que te retiraran la licencia de investigador privado durante cuatro años.

—Sí, y me dije que no merecía la pena partírla la cara.

Fergus sonrió.

—Si aceptas mi trabajo, puedes ganar un buen puñado de dólares.

—¿Me ofrece un trabajo, usted a mí?

—Más bien como socios.

—No sé, no me fío de un tipo que ha sido capitán de policía, resulta demasiado resabiado,

—Seamos civilizados, Tramp. Yo busco a un hombre como tú, a un hombre con verdadero olfato. Te conozco y sé que tienes ese olfato especial que hace falta a los buenos sabuesos. Los tipos como tú están por encima de las computadoras, de las normas, de las disciplinas, por encima de los grupos.

—Y siempre nos exponemos a que nos den un palo y a mí me lo dieron.

—Yo tengo amigos muy influyentes, podrían devolverte la licencia provisionalmente.

—¿De veras?

—Sí, y además ganarías. ¿Qué te parecen doscientos mil dólares?

Tramp silbó de admiración.

—Podrías comprarte un par de bólidos fórmula uno nuevos, si eso es lo que te apetece.

—Lo que me parece es que me ofrece un pastel demasiado grande y, la verdad, podría estar lleno de veneno.

Fergus volvió a sonreír.

—El asunto va en serio, no es ninguna broma. No hay veneno en la parte del pastel que te correspondería pero, indudablemente, habría riesgos y eso lo sabes bien. Si hay ganancias, hay peligros.

—¿Y usted, cuánto ganaría?

—Más que tú, ¿para qué engañarte?

Después de permanecer unos minutos pensativo, Tramp preguntó:

—¿Cuál es el asunto?

—Te interesa el cebo, ¿no?

—Estaré alerta para quitar la mano cuando se cierre el cepo.

—¿Sigues sin fiarte?

—Lo que sigo es sin enterarme de cuál es el asunto.

—No es ningún secreto, se trata del asesinato de Grant Fox,

—¿Grant Fox? Eso fue una marranada, pero el asunto ya está cerrado.

—No para nosotros.

—Si ya no está en la policía, ¿a quién engloba ese «nosotros»?

—La compañía aseguradora para la cual trabajo.

—Lo que sé de ese asunto es que el asesino es un tal Benson.

—Lewis L. Benson.

—Eso es, Lewis L. Benson. A ese tipo le cogieron disparando, lo llevaron a la cárcel, los psiquiatras lo revisaron y al parecer se suicidó en el penal del estado antes de que se viera el juicio en su contra.

—Por lo visto, murió con muchas fracturas de huesos.

—Si el asesino murió...

Fergus dio una chupada a su cigarrillo y no habló hasta que hubo expulsado el humo de su cuerpo, como si meditara la respuesta.

—Interrogaron a Lewis L. Benson para que dijera quien le había pagado por el asesinato.

—¿Hubo respuesta?

—Al parecer, negativa.

—Era un esquizofrénico, al menos eso leí en los periódicos.

—Cuando se paga a un asesino a sueldo para matar a

alguien vulgar, se busca a un experto, a alguien que sepa borrar toda clase de huellas, a alguien que no deje rastro, a un muchacho de Chicago o Nueva York, a un profesional que llega al lugar, mata y desaparee. Pero, cuando se trata de un magnicidio, cuando se asesina a alguien muy importante, sea político o simplemente famoso a nivel mundial, se escoge a un estúpido, a un loco, a alguien que se pueda atrapar antes de las veinticuatro horas. El pueblo quiere justicia rápida.

—Sí, es una teoría aceptable. Para magnicida, lo mejor es calentar a un loco en ciernes. Se le ofrece mucho y al mismo tiempo se le acaba

de enloquecer. Después, cuando él espera protección, cuando incluso ya se cree un tipo importante, alguien se encarga de eliminarlo. Por cierto, ¿voló desde la galería cuarta o lo hicieron volar?

—Yo no estaba en el penal cuando Lewis L. Benson voló hacia la muerte pero, respecto a estos asuntos, en las prisiones se prefiere correr un tupido velo. Un suicidio ahorra conflictos a todos.

—¿Y quién interrogó a Benson?

—Gente experta.

—¿La compañía aseguradora dio la orden de eliminarlo?

—No, eso sería absurdo. La compañía aseguradora quería saber quién pagó al loco porque Grant Fox tenía una póliza que cubría su muerte violenta, fuera intencionada o accidental, siempre que no se tratara de un suicidio y es obvio que fue asesinato.

—¿Y a cuánto ascendía la póliza, me refiero a la prima?

—Dos millones de dólares.

Tramp volvió a silbar de admiración.

—Eso es mucho.

—No creas. Para una fortuna como la de Grant Fox, que vendía los discos por millones y que sigue vendiéndolos aún después de muerto, no era mucho; lo que sucede es que esta póliza se firmó hace algún tiempo y él debía conservarla por inercia. Quizás ni él sabía que estaba pagando las cuotas, de eso se ocupaba su manager.

—¿Chester?

—El mismo.

—Bien, siga, es interesante, aunque, de todos modos, la compañía aseguradora tendrá que pagar los dos millones.

—Si se descubre quién pago a Lewis L. Benson por matar al ídolo de la canción moderna, lo podrá denunciar y ponerle pleito. En este crimen, la compañía resulta perjudicada en dos millones de dólares, que exigiría al promotor del asesinato. Si suelta dos millones por un lado pero los recibe por otro, aunque sea con retraso, la compañía se conforma.

—¿Y le han ofrecido a usted una cuarta parte de ese dinero si descubre al que pagó al loco para matar al ídolo?

—Más o menos.

—Es una cantidad muy succulenta. No entiendo por qué no busca al asesino usted solo y se come todo el pastel.

—No me importa confesarlo, Tramp, he estado buscando pistas y no tengo ninguna. Me hace falta la ayuda de alguien con imaginación y al llegar a este punto, pensé en ti. ¿Qué te parece?

—Muy paradójico que piense en la ayuda del hombre al que fastidió todo lo que pudo en su labor profesional.

—Antes era capitán de la policía, ahora soy el jefe de detectives de una compañía aseguradora; las cosas cambian.

—Si cambia el amo, también la forma de ladrar.

—Más o menos, no voy a molestarte por la alusión. Si aceptas, me llamas antes de las doce de la noche a este número.

Le entregó una tarjeta de visita en la que sólo había un número de teléfono, nada más, ni siquiera unas iniciales de identificación.

—Si no llamas, buscaré a otro, no eres el único que tiene olfato e imaginación.

Iba a dar media vuelta para alejarse, pero Tramp le cogió por el brazo, reteniéndolo.

—Un momento.

—Cuidado, chico, tienes las manos sucias de motores y el traje es de seda.

—¿De veras van a devolverme mi licencia?

—¿No te he dicho que tengo amigos muy influyentes? Eso es como darte la provisional. Tendrás que ir con más cuidado para no cometer ninguna torpeza que te lleve delante de un juez, porque entonces perderías tu licencia definitivamente y hasta podrías ir a la cárcel.

—Muy bien, y el asunto de dos cientos de los grandes lo quiero por escrito.

—Ni hablar, chico, para la compañía aseguradora el trabajo lo haré yo, ¿lo entiendes? El detective oficial. Tú sólo serás un ayudante mío al que, por supuesto, daré libertad operativa. El éxito me lo comeré yo, eso que quede claro. Cuando yo cobre, te pago tu parte y a vivir cada cual su vida. Ahora, no vayas a llamarme puerco, que lo leo en tus ojos. Es el trabajo mejor pagado de tu vida y tienes que admitirlo, no volverá a ofrecérsese una oportunidad como ésta. Además el trabajo es bonito.

—Eso sí, es bonito, si es que alguien pagó de verdad al loco que asesinó al ídolo. Por cierto, ¿quién hereda?

—Casi todo se lo queda la hija.

—Ah, sí, Grant Fox tenía una hija de la cual no se había hablado jamás.

—Pero todavía es una niña y no va a tocar un dólar hasta su mayoría de edad, de modo que la fortuna de Grant Fox seguirá engordando por sus derechos sobre discos, películas, etcétera. Pasará a un Banco y la niña es demasiado niña para que se piense en que algún tipo quería casarse con ella. Esa pista no sirve y la madre, como ya sabrás y me estoy refiriendo a la mujer que tuvo a esa niña hace ya un puñado de años, falleció en accidente de automóvil.

—Entonces, ¿quién gana con la muerte de Grant Fox?

Fergus se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Una compañía grabadora rival, otro ídolo en

ciernes, algún despechado, una mujer a la que amó, algún cornudo que se enteró un poco tarde de que lo era... Ese es nuestro problema, averiguar quién tenía motivos para matarle.

Fergus se alejó y dejó a Tramp con la tarjeta en la mano.

—¡Eh, Tramp!

—Ahora voy —respondió al ingeniero que le había llamado.

—¿Un posible comprador?

—¿Tú crees que ese tipo tiene cara de comprador de coches de carreras?

El ingeniero sonrió.

—No, no tiene aspecto de eso, va demasiado bien vestido; claro que puede tener un hijo con ganas de correr...

—Si ese tipo tiene un hijo —masculló Tramp—, espero que no sea tan mal parido como él.

CAPÍTULO IV

Una pareja de dobermans, al parecer bien entrenados, salieron al encuentro de Tramp frente a la entrada de la casa de los Danski. Aunque hubiera ido con perros, de poco habrían servido frente a aquellas bestias de pelaje oscuro, collar de púas y colmillos impresionantes.

Tuvo que mantenerse al otro lado de la verja de entrada de la residencia de los Danski mientras aquellas fieras ladraban y gruñían ferozmente.

De súbito, se callaron los dos a la vez, macho y hembra, y se sentaron sobre sus cuartos traseros sin perder de vista, aunque de tanto en tanto miraban hacia la casa.

—¿Qué quiere? —preguntó una voz a través de un micrófono que se hallaba conectado a la entrada del jardín.

—¿La señora Danski?

—Le he preguntado qué quiere.

—Visitarles.

—¿Para qué?

—Para hablar de su hijo, señora Danski.

—No quiero hablar de mi hijo, deje en paz a los muertos.

Tramp sostenía aquel diálogo por el interfono mientras los dos perros se mantenían vigilantes pero callados, posiblemente gracias a una orden emitida con un pito ultrasónico.

—Señora Danski, su hijo y yo fuimos amigos. Me pidió que, si en alguna ocasión le ocurría algo, hablara con su hija. ¿Está Mary?

—Márchese.

—¿Por qué es tan poco amable, señora Danski?

—Si entra en el jardín, mis perros le atacarán y si permanece delante de la casa, llamaré a la policía.

—No pretendía molestarla, señora, sólo quería hablar con Mary de su padre.

Tramp comprendió que la abuela Danski ya no le escuchaba.

Y como si los perros acabaran de recibir una orden contraria, volvieron a ladrar con furia.

Suspiró, defraudado por el fallido intento de acercamiento.

Se dirigía hacia su coche cuando vio venir otro automóvil que se encaró con la entrada principal de la vivienda.

El hombre que conducía era mayor, se le descolgaba ya el maxilar inferior y tenía los ojos pequeños. No se parecía en absoluto a su hijo Grant Fox.

El coche no era lujoso pero sí amplio. A su lado viajaba una chica de unos trece años que por su forma tan sencilla de vestir parecía más niña de lo que en realidad era.

—Buenos días, míster Danski —saludó, arriesgándose a una réplica grosera.

—¿Quién es usted, que quiere?

—Saludarles.

—No le conozco.

—Yo tampoco le conocía a usted. Ah, tú eres Mary, ¿verdad?

La niña apenas asintió con la cabeza. Miraba sin sonreír, era como una flor sin color, una gema sin brillo.

—No le hable a mi nieta.

—¿Me lo prohíbe?

—Sí.

—¿Por qué?

—No está educada para hablar con desconocidos.

—Fui amigo de su padre, del hijo de usted, Grant Fox.

—No pronuncie aquí ese nombre.

—¿Está maldito, acaso?

—Sí.

Algo muy parecido al odio brillaba en los ojos del anciano,

—Parece estar usted loco, señor Danski. A Grant Fox lo quería todo el mundo, cantaba a la paz, al amor, a la justicia.

—Sólo palabras. Hay otras formas de pedir paz, amor y justicia.

—Me da la impresión de que Grant Foz no le contaba a usted entre sus seguidores.

—Naturalmente que no.

—¿Por qué?

—No tengo que darle explicaciones. Deje de molestarme o llamaré a la policía. Usted debe ser uno de esos malditos periodistas que ensucian el papel con groserías y necesidades, con obscenidades y calumnias.

—Vomita usted odio, señor Danski. ¿Ha reflexionado sobre ello?

—¡Fuera de mi casa!

—No estoy en su casa, señor Danski, sino en la calle.

Se encaró con la niña gracias a que la portezuela estaba abierta ya que el viejo se había levantado para abrir la puerta mientras los dobermans seguían ladrando furiosamente y Tramp le dijo:

—Tu padre te quería, quería a todo el mundo, era todo amor, por eso tantos y tantos le querían. Tu padre no era un dios pero sí un hombre bueno, pequeña.

Furioso, el abuelo Danski abrió las verjas e hizo salir a los perros para que atacaran al intruso, pero Tramp se metió dentro del coche de los Danski, cerrando la portezuela.

—¡Fuera de ahí, fuera! —rugió el abuelo Danski.

Tramp abrió un poco el cristal y respondió:

—Saldré cuando encierre a sus perros. No llevo armas y no puedo

defenderme de esas feroces bestias. Ah, si no le gusta, llame a la policía y veremos qué le dicen por azuzar a sus perros contra la gente que está en la calle.

El abuelo Danski se sintió como atrapado mientras los perros pateaban la portezuela del vehículo tratando de saltar a su interior sin conseguirlo mientras mostraban sus colmillos.

Sacó un pito, dio un silbido y los perros callaron, retrocediendo.

—De verdad, Mary, a tu padre lo quería mucha gente, todos menos el hombre que le mató, el asesino que le disparó seis tiros cuando estaba cantando sobre el escenario.

Mary se lo quedó mirando fijamente sin decir nada. Le vio salir del coche y alejarse hacia el otro automóvil aparcado junto a la acera.

—No volverá por aquí o probará los colmillos de los perros, se lo aseguro.

—Son los cancerberos del infierno, señor Danski, los cancerberos del infierno —le replicó Tramp a distancia.

Antes de que el viejo pudiera replicar, cerró la portezuela y dio a la llave del contacto, alejándose de allí.

—¡No, no, no! —gritó Chester dando dos puñetazos con ambos puños a la vez sobre la mesa junto al panel de control de veinticuatro pistas de grabación.

El conjunto musical que se hallaba en el plato de grabación, con los cascos puestos, se miraron unos a otros como no comprendiendo.

—¿Qué pasa? —preguntó el cantante del grupo—. ¿Hemos de volver a empezar?

—¡No, no, no! ¡Volved mañana u otro día, sois fríos! —rugía Chester levantando sus brazos con el ímpetu habitual en todos sus gestos.

Los jóvenes músicos de la línea pop se encogieron de hombros y comenzaron a abandonar el plato. Se daban cuenta de que estaban metidos en un fracaso, Chester era una pieza importante en el mundo de la grabación.

—¿Cómo siguen tus gruñidos, Chester?

Se volvió; en el corredor casi acababa de toparse con un hombre alto, de cabello cobrizo metálico. Le miró fijamente y como un borbotón incontenible le preguntó:

—¿Te conozco?

—¿Te acuerdas de San Francisco, cuando os robaron las cintas de video?

—¡Tramp, claro que sí, Tramp! ¡Choca, choca esa manaza!

Estrecharon sus respectivas diestras y Chester pasó la mano por el hombro de Tramp. Chester, porque pesaba más y por la ropa que usaba y que aún le hacía parecer más gordo, resultaba mucho más voluminoso que el investigador privado.

—¿Qué, tomamos un aperitivo?

—¿Por qué no? ¿Buscas a nueva gente?

—Sí. La muerte de Grant Fox fue un duro golpe para todos pero especialmente para mí. No volveré a toparme con nadie como él. Vienen muchos a verme pero les falta el genio, la estrella, la luz, el calor, no sé cómo explicarlo, pero Grant Fox sí lo tenía y atraía a las masas. Es cierto que desafinaba un poco, pero era un genio.

—Leí que tú atrapaste al asesino.

—Bah, aquel tipo no podía huir. En realidad, el crimen fue como un suicidio para él, vomitó plomo corriendo frente a Grant Fox. Alguien tenía que atraparlo y ese fui yo, pero llegué tarde, ya no tenía balas en el cargador.

—¿Por qué crees que lo mató?

—Era un maniaco. Los que viven una vida pública intensa frente a las masas, como era el caso de Grant Fox, se exponen a toparse

con un tipo de esa clase.

—Murió en la cárcel. ¿Lo sabías?

—Claro, voló y se partió el cuello, aunque oí un rumor de que los muchachos del penal lo hicieron volar.

—Es una posibilidad. ¿Sabes que alguien piensa que pagaron a Lewis L. Benson para que matara a Grant Fox?

Chester se detuvo para mirarle a la cara.

—¿Que le pagaron? No lo creo, no era el tipo de asesino profesional, era un loco.

—Insisto en que hay quien cree que alguien pagó al loco para asesinar al ídolo.

—¿Y quién pudo pagar?

—Es lo que yo intento averiguar.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque me pagan.

—¿Quién?

—Una aseguradora.

—Bueno, bueno, esto se pone interesante... Si encuentras a los paganos de ese loco y consigues demostrarlo, yo te doy cincuenta billetes de los grandes.

—¿Tú?

—Sí, yo. Grant Fox era mi amigo, como mi hermano pequeño, aunque sobre el escenario fuera un gigante. Y hablando de dinero te diré que, con su muerte, he dejado de ganar millones. Grant Fox era una mina, una mina de oro con piernas.

—Pero tú ahora eres rico...

—Sí, lo soy, pero nunca se es lo suficiente. Te metes en el rollo y quieres promocionar a tipos que crees que valen y, si no hay pasta, no se puede promocionar nada. Hay que pagar a la publicidad, a los reporteros de las revistas para que saquen a tus protegidos con buenas fotos, a los pinchadiscos de las emisoras para que programen lo que quieres... Todo eso cuesta dinero, mucho dinero y, a veces, el tío que promocionase resulta una mierda y todo lo invertido se quema como el papel. No es lo mismo que comprarse una finca, pues aunque un terremoto te la derriba, siempre te queda la parcela. En este negocio no queda nada, absolutamente nada si fallas.

—¿Tuvo pleitos con la mafia?

—¿Quién, Grant Fox?

—Sí.

—No, él no sabía nada de esos asuntos, me ocupaba yo personalmente.

—¿A quién pagabais?

—Silencio, sólo a intermediarios, no vayas a ponerme a mal con la mafia que controla el espectáculo y la música en todo el mundo, no quiero líos con ellos. Además, jamás llegarías a los peces gordos, éstos nunca dan la cara. Ellos son los que podrías ver en las poltronas más honorables, en mítines políticos, apoyando al futuro presidente o en los bancos de las iglesias más severas, son gente de doble vida, no los descubrirás nunca. Además, no han sido ellos —afirmó categórico.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo sabría. Además, me hubieran liquidado a mí también; después de todo, yo era el encargado de pagar el racket.

—¿No los denunciaste jamás por la extorsión a que os sometían?

—¿Denunciar, estás loco, tío? Vamos, despierta, abre los ojos... Si llegamos a denunciarlo, Grant Fox no hubiera subido tanto, le hubiesen cortado las alas mucho antes. Tienen mil maneras para impedir que cantes en un teatro, en un auditorium o en un estadio; hay mucha gente metida en el asunto.

—¿Descartas totalmente a la mafia?

—Yo, sí —dijo con seguridad.

—¿Y quién más crees que pudo ser?

—Nadie más que el loco.

—En esta ocasión, parece que el dinero no es el motivo; la heredera es una niña que no toca un centavo hasta su mayoría de edad y sus abuelos y tutores son unos tipos puritanos incapaces de tocar un dólar de su hijo.

—¿Sabes que los padres de Grant Fox jamás quisieron ver una de sus galas?

—No, no lo sabía.

—Lo tenían como maldito, son dos viejos locos.

—¿Y por qué dejar a la pequeña Mary en sus manos?

Chester se encogió de hombros.

—Anda, vamos a tomar algo.

—¿Grant Fox no quiso saber nada de Mary?

—El no congeniaba mucho con los niños; decía cosas a los adolescentes, pero a quienes pudieran comprenderle. La niña no dejaba de ser un estorbo para él.

—¿No hablaba nunca de ella?

—No, él siempre pensaba en Pink. Pasaron los años pero jamás la olvidó. Se acostó con muchas mujeres y te juro que tías de lo mejor, desde finas hasta la cursilería a tías buenas de primera, pero no consiguieron hacerle olvidar a su primer amor, a la madre de Mary. El era así. Yo me olvido de las tías cuando ya me he lavado el instrumento.

Tramp oyó la carcajada sin molestarse. Entraron en un snack al que solían acudir músicos y cantantes por su proximidad con los

estudios de grabación.

—Eh, ahí está Xany.

Tramp miró hacia la muchacha a la que Chester acababa de señalar; tenía cabellos largos rubio dorados y lacios, con fleco. Llevaba una cinta ancha de color rojo rodeándole la frente. Sus ojos eran grandes de un luminoso azul y sus labios, entre sensuales y decididos.

—¿Es cantante?

—No lo hace mal, se puede ganar la vida; nunca será una Joan Báez, tú ya me entiendes, pero la chica me ha hablado de Grant Fox y de su familia, ella los conocía.

—¿Mucho?

—Sí, tenía amistad con los padres de Grant Fox, fue eso lo que utilizó para aproximarse a Grant Fox y pedirle que la ayudara a entrar a lo grande.

—¿Lo hizo Grant Fox?

—No.

—¿Tan mala es?

—No, no es eso, Tramp. Grant Fox ayudaba a todo el mundo, pero en esto de la promoción no ayudaba absolutamente a nadie y la razón es muy sencilla: alegaba que si lo hacía con uno tendría que hacerlo con todos.

—¿Por qué no me la presentas?

—Oh, sí, claro. A lo mejor, hasta intento meterla de lleno en este rollo —dijo el impulsivo y voluminoso Chester.

Se acercaron hasta la mesa de Xany. Chester le dijo:

—Encanto, te presento a Tramp, era amigo de Grant Fox. Te advierto que es un tío que se mete en todos los caldos.

—¡Chester! ¿Puedes venir un momento? —le gritó un joven desde la otra punta del local.

—¡Ahora voy! Muchachos, que os divirtáis.

—¿Lo ha preparado Chester? —preguntó la chica rubia.

—¿El qué?

—El que tú creas que vas a ligar conmigo.

—Estás buena, no cabe duda, pero no he venido a ligar contigo aunque no niego que me gustaría.

—Me gustas.

—Magnífico si te caigo bien, Xany.

—Pareces sincero, los embusteros me revientan.

—¿Conoces a los Danski?

—¿Te refieres a los padres de Grant Fox?

—Sí.

—Y si los conozco, ¿qué?

—Yo los he visto esta mañana, son unos tipos raros, poco

simpáticos. Me han echado un par de perros que más parecen fieras.

—Sí, dos doberman, los conozco.

—¿Y a Mary?

—¿La nieta?

—Sí.

—La he visto, quizás he hablado alguna vez con ella, no me acuerdo.

—¿Vivías cerca de ellos o eres familia?

—Oye, ¿esto es un interrogatorio?

—Más o menos.

—Entonces, me largo.

Hizo intención de levantarse de la mesa, pero él la cogió por la mano, reteniéndola.

—Sólo quiero ayudar a Grant Fox.

—A Grant Fox ya no se le puede ayudar, está muerto, aunque su música y su voz se oirá durante mucho tiempo.

—Eso espero, Grant Fox me caía bien.

—¿Qué es lo que buscas, en realidad?

—Pistas.

—¿Pistas de qué?

—Busco a quien tuviera motivos para matarlo.

—¿Matarlo? El asesino ya ha pagado.

—Busco algo más.

—¿Lo hay?

—Puede.

—No me extraña que los Danski te echaran los perros, no quieren intrusos.

—Son excesivamente puritanos, ¿no?

—Grant Fox no quería hablar de ello. Yo pertenecí a la secta porque mi madre también pertenecía a ella.

—¿Dices que perteneciste a una secta religiosa?

—Sí.

—¿A la misma que los Danski?

—Ajá.

—¿Te importa hablarme de ella?

—¿Para qué?

—Eso explicará el trato que he recibido esta mañana por parte de los Danski cuando yo sólo intento averiguar quién mató en realidad a su hijo, es decir, quien pagó al asesino.

—Para loa Danski, Grant Fox estaba muerto. Los miembros de la secta no oyen música pop, no bailan, no gustan de los colores alegres. Son como los cuáqueros pero distintos, los cuáqueros son pacíficos y ellos son más violentos en su severidad. Se aíslan

mucho, demasiado. Yo estaba a punto de estallar, me comieron el coco durante años, pero al fin pude liberarme y ahora soy distinta.

—¿Escapaste?

—Al alcanzar la mayoría de edad, pero antes lo intenté en varias ocasiones.

—¿Te cazaron?

—Sí, y tengo marcas de la vara de abedul en la espalda.

—¿Cruelles?

—Prefiero olvidarlos. Si mi madre no tiene más opinión que la de los grandes maestros de la secta, allá ella, yo escogí la libertad.

—¿Te persiguieron luego?

—Me amenazaron, pero yo les amenacé a ellos y como no quieren problemas con la ley, prefirieron olvidarme.

—¿Qué hace esa secta?

—Es una secta religiosa como las hay a miles, tiene sus seguidores. El mundo está podrido, pero ellos creen que está aún peor de lo que está, son fanáticos, créeme. Y no me gustan.

—¿Cómo se llama la secta?

—«Todo a Dios».

—¿«Todo a Dios»? ¿Eso significa una entrega total?

—Exacto. Vida exageradamente puritana, culpar al diablo de todo, verle dentro de todo lo que no les gusta. Prohibida la diversión, la libertad y el progreso, aunque utilizan algunas cosas del progreso. Prohibido reír y amar a otra cosa que no sea al Dios que ellos pintan; procrear, eso sí.

—He conocido sectas de este tipo, son fanáticos intolerantes, pero lo que yo quería preguntar es si ese «Todo a Dios» implica los bienes materiales que poseen los adeptos o militantes.

—Sí, todos los bienes materiales se ofrecen a la secta. Se impulsa a los adeptos a ganar bienes materiales, pero no para consumir. El dinero que se gana ha de entregarse a la secta para que ésta se haga grande, pueda edificar sus capillas, sus templos y sufragar sus gastos.

—¿Lo entregan todo?

—Sí.

—Si lo entregan todo, ¿cómo subsisten luego los adeptos o militantes?

—La propia secta determina lo que cada hombre, mujer o familia debe recibir para vivir.

—¿Una especie de comunismo religioso?

—Más o menos.

—¿Quién decide la administración de estos bienes y lo que cada familia debe llevarse a su hogar para autoabastecerse?

—El gran maestro y la curia de los condenados.

—¿Y quién es ese gran maestro?

—Alight (1).

(1) Iluminado.

—¿Alight, se llama así?

—No sé cómo se llama en realidad, sólo sé que le llamaban gran maestro Alight. Ya sabes que no son pocas las religiones en que el sumo sacerdote, pontífice o como se llame, cambia su nombre para ser conocido por otro apelativo.

—Muy interesante. ¿Podrías presentármelo?

CAPITULO VI

John Berger era un hombre de estatura mediana que iba muy correctamente vestido. No podía decirse que todo cuanto llevaba encima tuviera un precio superior a la media corriente, aunque sí había sabido elegir colores sobrios y también las telas que eran todas ellas de tipo natural.

John Berger tenía unos ojillos diminutos y tan pequeños que según como entornaba sus párpados apenas se le veían, formando una especie de fina mirilla oscura. Sus cejas eran muy pobladas y más canas que negras.

Apenas tenía labios, era una boca muy fina y alargada. La piel de su rostro era tersa, iba cuidadosamente rasurado y debía haber escapado durante toda su vida a los rayos del sol. Tenía mucho cabello entrecano.

Tramp se dio cuenta inmediatamente de que aquel hombre no era fácil de dominar en un diálogo; estaba predispuesto a la reserva, al recelo y también a imponer su autoridad.

—Hola, Xany.

—Hola, reverendo Berger.

—¿Cómo te va la vida?

—Volando en la libertad.

—La libertad es el cepo del diablo.

—Yo opino que la libertad es volar, y volar es lo contrario de caer en un cepo.

—Cuando cruces el umbral de la inmortalidad me darás la razón, pero ya será tarde para ti.

—Eso es una hipótesis, reverendo, prefiero las realidades.

—Las realidades que te ofrece el materialismo; sin embargo, supongo que no has venido a polemizar. Eres una desertora de la fe de «Todo a Dios».

—Yo nunca he tenido esa fe que me atribuían; vivía sometida a un sistema del que pude escapar.

—Tu madre se avergüenza de ti.

Xany se encogió de hombros.

—Bien, supongo que has venido para que tu acompañante me conozca. ¿Acaso él sí cree en el Dios Todopoderoso?

Tramp suspiró ligeramente.

—En lo que yo no creo, reverendo Berger, es en el Dios que exige que sus adoradores le den todo lo material que posean en este mundo.

—El Dios Todopoderoso no quiere los bienes materiales para sí, si no para que su iglesia se expanda y no se embrutezcan sus fieles.

—Supongo que quienes dirigen la secta son los elegidos los que no se embrutecen con los bienes materiales de que disponen.

—Creo que ha venido usted con animadversión hacia esta comunidad religiosa, señor. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—No lo he dicho, pero se me conoce por Tramp.

—Un nombre muy propio de la calle.

—Es posible y no me avergüenzo de él. Por cierto, si ya son muchos en la comunidad de esta secta, ustedes ingresarán unas fuertes cantidades cada mes, provenientes de los salarios.

—o suficiente para que nuestra secta siga adelante y se expanda.

—¿También se han hecho cargo de las cuentas corrientes de sus adeptos y militantes para evitarles la posibilidad de pecar?

—Hace usted demasiadas preguntas.

—Es mi obligación.

—¿Su obligación? —Berger inclinó la cabeza como escrutándole.

—Sí, investigo.

—¿Policía?

—No, privado.

—¿Qué investiga?

—Investigo, simplemente. Usted no me ha respondido a todas las preguntas, ¿por qué yo sí habría de contestarlas?

—Esta conversación ha terminado. Xany, lamento que hayas dado este mal paso. Si has escogido el camino del pecado, allá tú con tu alma, pero si has dejado que el diablo entre en ti y a través de ti nos acose, peor todavía. Con la ayuda del Todopoderoso, al que adoramos, al que pertenecemos, te venceremos. Ahora, almas perdidas, os ruego que abandonéis esta santa casa; que Dios se apiade de vosotros y que Satanás no apriete demasiado las cadenas conquie os tiene sujetos.

—Reverendo, seguiré investigando —le advirtió Tramp—. Hay cosas en su secta que no me gustan.

—Fuera, Satanás, fuera, sal de esta santa casa y te suplico que abandones estos cuerpos débiles en que te amparas para atacar a los elegidos. Fuera, Satanás, yo te maldigo en nombre de Dios para toda la eternidad.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Xany cogiendo a Tramp de la mano.

Veía odio en el rostro de John Berger, un odio que rezumaba de sus ojos como una resina pegajosa y emponzoñada.

Se metieron en el coche de Tramp. Era noche cerrada y dos globos amarillos iluminaban la entrada de la casa rodeada de jardín en la que parecía vivir el reverendo John Berger.

—Hubiera preferido ver al gran maestre Alight.

—No es fácil verle sin pasar antes por John Berger.

—¿El gran maestro vive ahí dentro?

—No lo sé, creo que no, en realidad no se sabe donde vive.

—¿No vivirá en la propia capilla?

—Nunca lo he sabido. El gran maestro Alight es un tipo muy misterioso y John Berger es quien le lleva todos los asuntos digamos materiales.

—No vive en una casa lujosa.

—Daria mal ejemplo.

—Quizás está tan fanatizado que los lujos le importan un rábano.

—Yo creo que no le importan nada, ni a él ni al gran maestro Alight y te diré más, tampoco me importan a mí, aunque esté en contradicción con ellos por otras muchas causas.

—Su único interés es engrandecer su secta —comentó Tramp mientras conducía su automóvil—. Para desacreditar a muchas sectas religiosas, se suele dejar a sus dirigentes como engañabobos que lo único que tratan de hacer es lucrarse. En el momento que consideran que han reunido suficiente fortuna de los engañados, se dan el bote a otro estado o a otro país si hace falta.

—Este no es el caso.

—Eso me parece a mí. Ese John Berger no da la impresión de ser la clase de individuo que engaña a los bobos, a los estúpidos, quitándoles todo su dinero, incluso explotándolos como hacen determinadas sectas. John Berger cree en lo que dice, por ello es más peligroso.

—¿Peligroso?

—Un fanático, sea de lo que sea y esté donde esté, siempre es un peligro porque para conseguir lo que quiere es capaz de cometer las mayores atrocidades.

—Salvo hacer vivir en un cruel puritanismo a sus adeptos y obligarles a subsistir con una pequeña parte de su salario, arrebatándoles el resto, sus ahorros e incluso los títulos de propiedad de sus casas, tierras y bienes en general, ¿qué atrocidades más pueden cometer?

—Lo ignoro, pero cuando ya han llegado a ese extremo, no sé de qué más pueden ser capaces. Yo creo en ayudar al prójimo y repartir lo que se tiene, pero no me gustaría nada que unos tipos decidieran por mí lo que he de hacer con mi dinero, con mi trabajo y no tener siquiera la libertad de votarles a ellos, porque si fueran elegidos por votos y cada cuatro años, como quien cambia de presidente, se pudiera votar a otros nuevos y así ir repartiendo los cargos con las cuentas claras, lo aceptaría porque sería una forma de justicia social, pero su manera de ver la

religión no me gusta. ¿Crees que por lo menos una vez al año explican sus cuentas con los haberes, saldos, etcétera?

—Jamás. Sólo el gran maestre y la curia elegida saben lo que la secta posee en el Banco o en valores, casas, tierras, etcétera.

—¿Y qué pasa si se molestan con uno de sus adeptos y tienen en su poder la escritura de su casa?

—Muy fácil, le expulsan de la casa, le obligan a marchar.

—¿Lo han hecho ya?

—Sí.

—¿Y la víctima no ha recurrido a los tribunales para recuperar su hogar?

—Sí, pero corno había hecho cesión por escrito en favor de la secta, tuvo que marcharse con la maldición de los que había considerado sus vecinos y amigos.

—Supongo que con el dinero que ya deben poseer podrán pagar abogados expertos para mantener su poder y no digamos si ese poder económico se multiplicara de una forma súbita y alarmante.

—No te entiendo.

—Yo sí me entiendo. El dinero da poder y el poder puede ser muy cruel en manos de fanáticos.

—Yo creo que el único daño que hacen es a los niños a los que, quieran o no, apartan del resto de la sociedad. Se les margina, se les lava el cerebro para convertirlos en futuros fanáticos.

—No siempre lo consiguen, tú lo has demostrado.

—Me temo que mi caso se da raramente. Si esos niños convivieran con otros en escuelas donde existe un régimen de libertad, tendrían una rebeldía propia y al crecer serían capaces de escoger lo que más les entusiasmara, pero la secta tiene su propia escuela, con maestros que piensan como ellos.

—¿Y cuando han de ir a grados superiores?

—No les permiten ir, salvo que estén muy fanatizados y se considere que son invulnerables a las corrientes del exterior.

—Menudos dictadores...

—Si quieres fastidiar a los gerifaltes de la secta «Todo a Dios», cuenta conmigo, aunque me temo que no vas a conseguir gran cosa.

—Si tú piensas que voy a dedicarme a perseguir a la secta porque me cae antipática, estás equivocada, Xany. A mí me interesa resolver un caso, lo demás no me importa; cada loco con su tema.

—De todos modos, si necesitas ayuda, cuenta conmigo; no sé en qué forma, pero te ayudaré en lo que me pidas. Esa gente me cae mal, le lavaron el cerebro a mi madre. Yo lo pasé mal durante bastantes años de mi niñez y adolescencia hasta que pude escapar

de sus garras.

—¿Cuánto tiempo hace que funcionan?

—No sé, quince años, quizás más.

—¿La fundó el gran maestro Alight?

—Sí, él era un mediocre reverendo evangelista que desertó de su iglesia para fundar su propia secta. Creo que los evangelistas, cuando él se largó, suspiraron de alivio. Es un loco mesiánico al que deberían internar en un psiquiátrico, lo malo es que hay suficiente gente crédula para seguirle, a él y a otros locos por el estilo.

—Eso es verdad, hay gente para lo que quieras. ¿Dónde he de dejarte?

—¿Vas a tu apartamento?

—Tengo que ir a probar un motor.

—¿Un motor?

—Sí, junto con dos socios más soy propietario de una agencia de compra-venta de coches de carreras usados.

—¿De carreras de verdad?

—Sí, bólidos sport, bólidos GT y bólidos de fórmula, aptos para correr en el Gran Price.

—¿Puedo ir contigo?

—Naturalmente.

—Pues, vamos, la noche aún es joven.

CAPITULO VII

—De acuerdo, de acuerdo, muy bien, llevadla al Point —dijo Fergus.

Escuchó un poco más y luego respondió a través del teléfono:

—Que no vea nada, absolutamente nada. Estaré en el Point dentro de una hora. —Dicho esto, colgó.

Cerró su despacho y pasó al antedespacho. Allí, su secretaria personal le preguntó:

—¿Se va, señor Fergus?

—Sí, tengo que hacer algunas averiguaciones. Si hay alguna llamada, atiéndala.

La secretaria asintió. Fergus, el ex capitán de la policía metropolitana, en aquellos momentos parecía el ejecutivo perfecto.

Salió del edificio de la compañía aseguradora y, sin prisas, se introdujo en un bar. Tomó un doble de bourbon mientras charlaba con otros altos empleados de la compañía aseguradora. Allí todo parecía tener la mayor normalidad.

Fue a buscar su automóvil y con él abandonó la ciudad mientras anocheecía. Dio un par de ojeadas a su reloj y encendió un pitillo mientras conectaba la cassette de su automóvil para oír música clásica. Le gustaba vivir bien, muy bien.

El automóvil era lujoso, su ropa era elegante y cara, usaba un reloj marca «Rolex» de oro y en su camisa llevaba gemelos con brillantes.

Pasó a la North Road y de ésta a un camino secundario y luego a una pista forestal de la que salió para introducirse en un bosquecillo donde sus faros iluminaron la caja de un camión grande, un camión con letras que advertía que era un frigorífico rodante.

Detuvo el coche, apagó las luces y aplastó el cigarrillo. Tomó un pañuelo y se cubrió el rostro a modo de bandido. Se acercó al camión golpeando con los nudillos a la puerta en forma de contraseña.

Se abrió una puerta. Dentro de la caja del cajón frigorífico había luz y dos hombres.

Al fondo, una mujer sentada en una silla con las manos atadas a la espalda y los ojos vendados con una cinta.

—Pase —le dijo el que acababa de abrir la puerta.

Mediante unos peldaños metálicos, Fergus se introdujo en el camión que volvió a quedar cerrado de inmediato.

—Nada de nombres —exigió.

Sus pasos se oyeron claramente sobre el suelo metálico del interior de la caja del camión frigorífico.

—¿Es Laura Evans?

—Sí, nos hemos asegurado.

—Sí, soy yo —medio gritó y suplicó la muchacha, al borde del sollozo—. ¿Qué quieren de mí?

—Queremos que seas buena chica y no te sucederá nada —le dijo Fergus en tono conciliador.

—¡Yo no he hecho nada! ¿Por qué no me sueltan, por qué no me quitan la venda, por qué no me dejan marchar? ¿Qué les he hecho yo?

Fergus hizo una larga pausa, no en vano había sido capitán de la policía y sabía mucho de interrogatorios.

—Verás, parece ser que tú eras la amiga de Lewis L. Benson.

—Le conocía. El estaba loco y le dejé, se lo juro, le dejé.

—¿Sabes que asesinó a Grant Fox?

—Sí que lo sé, lo sabe todo el mundo, pero yo no sé nada, nada.

—¿Seguro que no te dijo que iba a matar a Grant Fox?

—No, no me lo dijo. Le hubiera llamado loco, habría avisado a la policía. Era un tipo muy raro, por eso le dejé.

—Queremos que nos hables de él, Laura. ¿Os acostasteis juntos?

—Eso a ustedes no les importa, no les importa.

Laura notó las manos de Fergus sobre la parte alta de su pecho, muy cerca de su cuello. Notó la fuerza del hombre rasgándole la ropa y dejando sus senos desnudos y vulnerables.

—Ah, ah... ¡No, no!

Se había quedado casi sin respiración, se dio cuenta de que no se trataba de ninguna broma.

—Es mejor que respondas. Aquí hay varios hombres y no querrás quedarte desnuda entre sus manos, ¿verdad? No te desatarían las manos, jugarían un rato contigo y luego proseguiríamos el interrogatorio. No hay prisa, al final hablarás.

—Yo no sé nada, nada.

Laura sollozó, inclinando la cabeza hacia adelante. Se sentía totalmente vulnerable y, por otra parte, no veía a quien la atacaba, a quienes la humillaban. Sus ojos estaban firmemente cerrados por la venda negra y ancha que se los cubría.

—¿Te acostabas con él?

—Algunas veces —admitió, llorosa.

—Bien, bien, empiezas a ser buena chica. Sigue portándote así y te podrás ir a casa. Te hemos tapado los ojos para que luego no vocees nada. Si quisiéramos matarte no habría hecho falta cubrirte los ojos, de modo que tienes muchas esperanzas de salir bien de este interrogatorio si tu lengua no se muestra torpe.

—¿Quién es usted, quiénes son

—Digamos que amigos de Grant Fox, queremos hacerle justicia.

Los dos individuos que habían secuestrado a la chica rieron sordamente.

—Tiene unos pechos bonitos —comentó uno de los secuestradores a las órdenes de Fergus—, Se los hemos palpado, pero a la vista están mejor.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Lewis L. Benson.

—No lo recuerdo.

La réplica inmediata fue una dura bofetada que le hizo volver la cabeza. Fergus sabía cómo hacer daño con cada golpe que daba.

—No querrás que te estrujen esos senos tan bonitos, ¿verdad? Sería una pena; aparte del dolor que te haría, tendrías que recurrir luego a la cirugía estética. Eres joven y a la vista está que no te hace falta si sabes responder, si tienes memoria.

—Fue unas dos semanas antes de que matara a Grant Fox, no estoy segura, pero creo que fue así.

—¿No te dijo nada?

—No, no, ya se lo he dicho, lo habría advertido a la policía.

—Admitamos que no te dijera nada del asesinato, pero sí te contaría que iba a cobrar mucho dinero, ¿verdad?

—Eso me lo preguntó la policía.

—¿Y qué respondiste?

—Que no, que no sabía nada, no me dijo que fuera a cobrar ningún dinero.

—Pero él tendría algún escondite, ya me entiendes, algún lugar secreto.

—No lo sé.

—¿Dónde os veíais? Me refiero adónde os acostabais.

—En moteles.

—¿Siempre en moteles?

—No, en una ocasión fue en una roulotte.

—¿Qué roulotte?

—No lo sé, me llevó a una y dijo que era suya.

—¿Y dónde está esa roulotte?

—No lo sé, nunca volvió a hablarme de ella.

—¿Cómo era?

—Me pareció grande. Era casi blanca, con una franja amarilla.

—¿Qué marca?

—No entiendo.

—¿Dónde la tenía estacionada?

—En una calle.

—¿Una calle?

—Sí, una calle solitaria. Recuerdo que le dije que era peligroso,

que podían oírnos, pero él se rió.

—¿Y sus amigos, quiénes eran?

—Los que iban por la discoteca y le vendían el «chocolate».

—¿Tomaba picotazos, ya sabes, «Charly» o «horse»?

—No, no tomaba drogas o por lo menos yo no se las vi, pero sí mucho «chocolate».

—Un adicto a la marihuana, ¿eh?

—Sí.

—¿Quién se la vendía?

—Un tal Ferbert.

—¿Dónde está ese fulano?

—Anda por la discoteca Holliday, aunque hace algún tiempo que no le veo.

—Quiero saber cuáles eran los amigos de Lewis Benson.

—No tenía muchos amigos, era muy raro, yo siempre se lo decía.

—¿Sabes quién mató a Lewis?

—Se suicidó.

—No se suicidó, lo mataron unos amigos míos porque no quiso hablar.

—¿Sus amigos, en la cárcel? —se asombró Laura Evans.

—Sí, yo tengo amigos en muchos lugares, Laura, en demasiados lugares para lo que a ti te conviene. Lewis no habló y mis amigos se pasaron, se les rompió el muñeco y tuvieron que hacerlo volar desde un cuarto piso, pero ya estaba muy roto, de huesos, me refiero. Fue una pena, mis amigos se pasan en ocasiones. ¿Verdad que no te gustaría que después de violarte te fueran rompiendo los huesos uno a uno, empezando por los dedos de los pies y luego te dejaran abandonada en cualquier parte?

—No, no, claro que no —gimió Laura.

—Bien, aún no te ha pasado nada. Mis amigos te dejarán libre y tendrás tres días para reflexionar y hacer memoria. Dentro de tres días me habrás hecho, una lista de todos los amigos de Lewis, me dirás quiénes se acercaron a él y dónde puso la roulotte.

—Si no lo sé...

—Lo averiguas, haces preguntas, te acuestas con quien pueda darte respuestas, pero nada de ir a la policía. Ya te he dicho que tengo amigos hasta en la cárcel, de modo que lo sabría y sería una pena porque nadie te iba a salvar. Volveré a ponerme en contacto contigo y si no sabes nada, tendré que ser un poco duro. Ah, y no te servirá de nada marcharte de la ciudad. Yo no iría tras de ti, pero tu fotografía irá de una ciudad a otra y ya te lo he advertido, tengo muchos amigos.

—¿La mafia?

—Piensa lo que quieras; te encontrarían y sería desagradable,

muy desagradable para ti. Te conviene colaborar. Y si lo haces bien, hasta es posible que, al final, además de tranquilidad, recibas un regalo. Soy generoso con quien colabora conmigo, pero muy duro si me contrarían. Eres joven y querrás vivir. Mañana creerás que todo esto ha sido una pesadilla, pero no lo es y si tratas de olvidarte, peor para ti.

—¿No convendría marcarla para que no se olvidara? —rezongó uno de los secuestradores.

—No, por favor, no me olvidaré; pero no me hagan daño, no me lo hagan'—suplicó temiendo ser torturada o golpeada con brutalidad.

—Voy a ser benévolo contigo, Laura, no hagas que me arrepienta.

—No, no se arrepentirá.

—Os dejo, tratadla bien. Laura y yo, aunque no llegue a conocerme jamás, vamos a ser buenos amigos.

Fergus, el ex capitán de la policía, entregó unos billetes a los dos secuestradores que asintieron con la cabeza y luego abandonó el camión frigorífico para regresar a su coche.

Posiblemente, aquellos dos tipos violaran a la chica y a él le importaba poco, siempre quedaría más amedrentada. Luego, si hablaba con ella, podía alegar ignorancia de lo ocurrido.

Un grito apenas perceptible le llegó desde el camión cerrado.

Sonrió, encendió un cigarro y puso en marcha su lujoso «Lincoln». Se alejó de aquel lugar que él había dado en llamar «Point».

CAPITULO VIII

—Es bonito.

—Sí, muy hermoso, pero también peligroso —dijo Tramp, refiriéndose al bólido.

—¿Es tuyo?

—Como negocio, nada más. En realidad, pertenece a la empresa de la que yo formo parte como socio. Los compramos, los ponemos a punto y los vendemos a los futuros campeones. Como es lógico, los grandes pilotos de fórmula uno quieren el coche nuevo puesto a punto por las grandes marcas, pero las grandes marcas no confían en los futuros campeones hasta que éstos han demostrado que pueden correr en los grandes premios y para eso han de comprarse ellos mismos los primeros coches. Con estos coches de segunda mano pueden ganar premios en fórmula dos y participar en fórmula uno, no ganar, claro, porque los rivales llevan coches mejores que les sacan unas décimas de segundo de ventaja que son suficientes para ser campeones. Pueden demostrar que saben correr, que pueden hacer buenos papeles y a partir de ahí las grandes marcas los contratan.

—Es dura la carrera de piloto de premios, ¿verdad?

—Muy dura.

—¿Y tú no has deseado serlo?

—Sí.

—¿No has podido?

—No.

—¿Por qué?

—Tengo demasiada imaginación y para ser campeón del Gran Price hay que carecer de imaginación.

—¿Por qué?

—Porque, si la tienes, mientras corres o antes, puedes pensar en lo que te puede suceder y explotas. Yo pruebo el coche y tomo buena velocidad, pero correr en una gran carrera es otra cosa, ellos han de tener una mente que funciona como una máquina y no como un ser humano. ¿Sabes controlar el tiempo?

—Con el cronógrafo he controlado carreras a pie.

—Es más o menos lo mismo, sólo que has de tener más precisión en detener el cronógrafo para marcar el tiempo. Medio segundo de retraso en hacerlo, una vacilación, hace cambiar.

—De acuerdo.

—A la primera vuelta no controles el tiempo, hazlo cuando me veas llegar con los faros encendidos. Sólo daré una vuelta, será suficiente para comprobar las vibraciones. Hemos hecho unas adaptaciones y quiero comprobar si funcionan bien.

—Correcto.

Tramp se quitó la ropa, Xany le miró sin decir nada. Observó la espalda atlética del hombre, sus largas piernas y su vientre aplastado.

Le vio colocarse el traje ininflamable, la capucha contra incendios y finalmente el casco. Por último, se introdujo en el bólido y se sujetó los atalajes de seguridad que lo mantenían prieto contra el asiento.

—Tardaré como dos minutos en volver, está alerta.

Cuando ella hubo asentido con la cabeza frente a la línea blanca, Tramp hizo roncar el motor del bólido saliendo a la pista que no era ningún prodigio de buen estado.

Los faros provisionales que llevaba para ver en pista por la noche se iluminaron frente a él. Se había aprovechado para circuito un lugar en el que se había intentado hacer una urbanización que no había salido adelante. Tramp probaba allí los coches, siempre con gran riesgo de perder la vida.

Cualquier bestezuela podía cruzar la pista o alguien de paso haber colocado una piedra ya que aquel circuito no estaba vallado y tampoco le pertenecía. Por otra parte, estaba lleno de curvas y desniveles.

Xany le vio desaparecer. A los dos minutos divisó los faros y oyó claramente el ruido del motor. Cuando llegó a su altura, pulsó el cronógrafo y éste comenzó a marcar los segundos.

Los segundos fueron transcurriendo... Xany oía el ronquido lejano pero luego dejó de oírlo como la vez anterior, ya que desaparecía tras una colina a la que daba la vuelta.

Gracias a la luz instalada cerca, Xany podía seguir controlando los segundos.

Vio cómo los faros se aproximaban de nuevo a más alta velocidad y cuando llegaron a su altura, pulsó el botón y el cronógrafo se detuvo.

—Uno cincuenta y siete tres —le dijo—. Parece un buen tiempo.

Tramp había pasado de largo con el bólido, ya que a tan alta velocidad no era bueno frenar, corría el riesgo de salirse de aquella cinta asfáltica que consideraba pista de pruebas.

Debía disminuir la velocidad en la siguiente vuelta y llegar lentamente a la meta.

Xany, contenta por lo que creía un juego, aguardaba a que Tramp diera la vuelta de deceleración. Pero pasó el tiempo y Tramp no aparecía.

Comenzó a inquietarse.

Dio unos pasos en la dirección seguida por el coche de Tramp,

pero luego retrocedió pensando que podría encontrarlo antes avanzando en dirección contraria.

Sin pensárselo dos veces, comenzó a correr por el asfalto, alejándose del almacén.

—¡Tramp, Tramp! —gritaba cada vez que se detenía, jadeante, sin conseguir verle—. Dios mío, ¿dónde estará? No he oído nada. ¿Se habrá matado? ¡Traaaaaamp!

De súbito, se sintió apresada por unas manos.

—No temas, Xany.

—¡Tramp!

—Sí, soy yo, hace poca luna.

—¿Qué ha pasado?

—Un fallo eléctrico en los faros, hay que poner el coche más a punto.

—Uf, qué susto.

—¿Has pensado que me había matado?

—Sí, no te burles, me has asustado.

—Gracias por venir en mi busca. No suelo hacer estas pruebas de noche; solo no es bueno y tampoco sirven para controlar los tiempos. En realidad, el coche está bien, sólo ha tenido un pequeño fallo en los faros y no es sensato conducirlo a oscuras.

—¿Y dónde está el coche?

—Más arriba, ahora iré a por la grúa y lo remolcaré, pero antes...

—¿Qué?

Tramp llevaba la cabeza descubierta, se había quitado el casco y la capucha ininflamable.

—Me apetece besarte. ¿Te molesta?

Apenas se veían los rostros y por encima de ellos, el manto del cielo estaba tachonado de estrellas.

—No.

—¿Y si me apetece algo más?

—No me importaría, pero...

—¿Qué?

—Prefiero otro lugar.

—¿Tienes miedo?

—Un poco.

—¿Novata?

—¿Te vas a reír?

—No, claro que no. ¿De veras eres virgen?

—Salí de mi casa no hace mucho tiempo, escapé de las garras de la secta, pero no pienses que me lancé al desenfreno sexual.

—¿Grant Fox tampoco?

—No.

—¿Le hubieras dado la primicia?

—No lo sé. He pasado momentos muy malos, momentos de soledad, momentos de desconcierto en que he deseado conseguir algo tangible en el mundo de la música y las puertas se me han cerrado.

—Te comprendo, pero sé sincera; si Grant Fox estuviera vivo y te pidiera tu primicia, ¿se la darías?

—No.

—¿Así de sencillo?

—Sí —asintió ella con una sinceridad plena de rotundidad.

—¿Y por qué?

—¿Quieres saberlo?

—Sí.

Xany le cogió por el cuello, se alzó de puntillas y le besó en la boca dando profundidad a su beso.

El notó los labios jugosos contra los suyos, ofreciéndose, abriéndose como una flor pulposa que otorga su fruto. La lengua pasó entre los suyos y la caricia prosiguió en una electrizante comunicación.

—Me he enamorado de ti, en pocas horas, es cierto; debo ser una tonta, pero me he enamorado de ti.

—Besas como una experta.

—Será porque lo siento.

—Quizás sea eso. —La cogió por la cintura—. Vamos. ¿Te espera alguien?

—Mi casa es el mundo, la habitación en la que vivo no retiene mi espíritu; no siento mis raíces más que en el lugar donde me encuentro.

—¿Y no te gustaría tener una casa?

—A todas las mujeres nos gusta tener una casa, creo que es un deseo que siempre llevamos entre ceja y ceja.

—Eres un encanto, Xany.

—¿Tú crees?

—Sí.

De súbito, oyeron el ronquido del motor tras ellos.

No veían nada, mas se encendió la luz de una linterna que les dio de lleno mientras el bólido se les echaba encima.

—¡Cuidado!

Apartó a Xany lanzándola fuera de la carretera y el bólido pasó rozándoles, haciendo roncar su motor furiosamente.

Tramp tuvo tiempo de ver que iba alguien a bordo, alguien que no estaba acostumbrado a pilotar bólidos de aquella clase y que se estrelló contra un mojón que no pudo ver con la linterna de mano con la que se había iluminado.

Se produjo una explosión después del choque y el bólido quedó

envuelto en llamas.

—¡Dios mío, Tramp, tu bólido!

—Alguien iba dentro de él.

—¿Alguien, quién?

—No lo sé y va a ser difícil de identificar porque no ha podido salir del interior del coche y no llevaba traje contra incendios.

Cuando Tramp consiguió apagar el fuego con un extintor, dentro de "los hierros retorcidos había un cadáver totalmente carbonizado. Xany se espeluznó al mirarlo.

—Es horroroso, Tramp.

—Sí, horroroso. Los pilotos de carrera han visto a más de un amigo suyo en estas condiciones y saben que a ellos les puede ocurrir lo mismo; por eso te he dicho antes que no conviene tener imaginación.

—¿Qué harás ahora?

—Llamar a la policía.

CAPITULO IX

Xany introdujo el llavín en la cerradura de la puerta de la habitación que tenía alquilada.

Empujó la puerta y, cuando alargaba su mano para encender la luz, unos dedos férreos la atenazaron por la muñeca y estiraron de ella, con tal brutalidad que se golpeó el rostro contra el cuerpo de un desconocido.

—¡Ah!

Una mano que portaba un gran pedazo de algodón empapado en cloroformo se pegó a su cara.

Xany trató de gritar mientras otras manos la sujetaban. No se dejaba vencer con facilidad, mas su lucha fue inútil.

Mientras perdía el conocimiento, tuvo la sensación de que eran más de dos hombres los que la secuestraban, pero la oscuridad de su propia habitación, de la que no había llegado a encender la luz, no le permitió ver sus rostros.

Luego, no sintió nada, se hundió en una negrura algodoadada, ingrátida, unas tinieblas de las que iba a despertar con jaqueca.

Cuando despertó, se hallaba sentada en una silla. Vestía una túnica blanca y portaba los cabellos sueltos, sin la cinta que solía colocarse alrededor de la frente.

Estaba dolorida, debía haber recibido golpes y haber pasado excesivo tiempo en malas posturas; no había que achacar el dolor a la narcosis del cloroformo, pues el período de inconsciencia provocado por éste debía haber sido corto. Dedujo que le habrían inyectado cualquier otra droga para prolongar su sueño artificial.

—Hola, Xany. ¿Sales ahora de tus pesadillas infernales?

Se encontró cara a cara con John Berger. No le gustaba aquel hombre, desde pequeña lo había odiado.

—Quiero irme.

Comprobó que sus manos estaban atadas a la espalda de la butaca y por la forma del respaldo de la misma, no podía escapar.

—Tranquilízate, será mejor para todos.

—¿Qué es lo que pretende secuestrándome?

—Tu amigo.

—¿Mi amigo?

—Sí, ese investigador. ¿Qué es lo que busca?

—Conque es eso, ¿eh? —Se rió levemente pese a que su situación era muy delicada—. Le teme...

—Yo sólo temo a Satanás.

—Será porque está perdido.

—Siempre has tenido la lengua muy afilada, Xany. Desde pequeña

tomaste el camino equivocado, te apartaste del Todopoderoso para acercarte a las tinieblas.

—Deje en paz al Todopoderoso y suélteme. Esto es un delito, haré que le lleven a la cárcel.

—Eres mala, Xany, muy mala, tienes al diablo dentro del cuerpo y él es quien te hace mala, quien te obliga a revolearte en el fango del vicio.

—¡Está usted loco!

—Nuestra comunidad religiosa es lo único que importa. Nosotros te podremos librar del diablo, tú lo sabes; nosotros estamos protegidos por el Todopoderoso.

—No es cierto. Alight y usted han fanatizado a un grupo de ilusos que han creído que dándolo todo y sometiénolo a un puritanismo inhumano conseguirán el paraíso.

—Nuestra iglesia se expandirá por toda la nación y luego, por todo el mundo. Todas las iglesias son pequeñas en sus comienzos, pero cuando llevan la verdad en la mano como nosotros, se engrandecen y sus fieles se multiplican por millones.

—Eso no les sucederá jamás, sólo en un manicomio tendrían seguidores.

John Berger abofeteó a Xany y ésta encajó los golpes replicándole con mirada furiosa.

—Sigue tan canalla como siempre.

—Eres una hija de Satanás, tú misma te maldices. Dinos qué es lo que quiere ese hombre que te acompaña y te dejaremos para que sigas en el mundo vicioso que has elegido.

—¡Tramp los desenmascarará a todos y los llevará a la cárcel!

—¿A la cárcel?

—¡Sí!

—¿Por qué, por qué?

—¡Porque son un atajo de locos y canallas!

Se acercó a Xany con las manos por delante y terminó cogiéndola por las orejas, sacudiéndole la cabeza de un lado a otro, dolorosamente.

—¿Por qué a la cárcel, por qué?

—No lo sé, pero dice que os llevará a la cárcel, malditos, malditos seáis.

—Ese hombre contaminado por tus maleficios no conseguirá nada, absolutamente nada, Dios nos protege. Díselo a tu amigo, dile que Dios nos protege y que nada podrá contra nosotros. Tenemos la fuerza de la verdad.

—¡Jamás seréis grandes, jamás!

—Purificaremos el mundo, daremos a los discípulos de Satanás el fuego purificador. Xany, tú necesitas que te liberen del diablo —le

dijo ahora en tono conciliador.

—Lo que yo quiero es marcharme.

—Te vamos a dar la oportunidad de suplicar perdón, de suplicar ayuda y maldecir a Satanás y a ese Tramp. Gritarás que él, por orden de Satanás, sólo quiere calumniarnos y perdernos a todos.

—¡No haré eso jamás!

Se quedó sola y, tras el forcejeo con sus ligaduras, comprendió que no podría escapar por sí sola.

Lo que Xany ignoraba es que se había convocado una reunión especial.

Vinieron a buscarla dos de los miembros de la curia de los seguidores de la secta. Xany les miró con recelo, eran dos hombres altos y fuertes, de aspecto endurecido, dos hombres con los que, a pesar de conocerlos, no había simpatizado nunca.

Le quitaron las ligaduras y, cogiéndola cada uno de ellos por un brazo, la llevaron a la capilla de reuniones.

Xany observó que estaba repleta de miembros de la secta. Todos permanecían en silencio, nadie hablaba. Vio a los Dansky y con ellos, con los ojos muy abiertos, estaba la pequeña Mary.

—Si te mueves, te sujetaremos a la argolla de los castigos —le advirtió uno de los dos hombres.

Xany sintió un estremecimiento de terror. Temía a la argolla de los castigos. Había visto practicar la crueldad con las víctimas atrapadas en dicha argolla y prefirió permanecer quieta en el lugar donde la situaron, quedando entre los dos reverendos que la vigilaban muy de cerca.

Apareció Alight, el gran maestro, el iluminado. Vestía de blanco y sonreía beatíficamente.

Intercambió saludos muy ceremoniosos con los demás miembros de la curia de los elegidos, especialmente con John Berger, que era su hombre de confianza.

Después, se enfrentó con sus seguidores que ocupaban por entero la capilla de la secta que, por otra parte, no era grande.

—Estamos reunidos aquí porque Xany ha acudido a nosotros pidiendo ayuda. Satanás ha encontrado cobijo en ella y Satanás es nuestro enemigo. Repetid conmigo: Satanás es nuestro enemigo...

—¡Satanás es nuestro enemigo! —dijeron todos con voz profunda.

Xany, sin dar crédito a lo que acababa de oír, gritó:

—¡Miente, miente, no es cierto, me han traído a la fuerza, me han secuestrado.

Quiso abalanzarse sobre Alight, pero los dos miembros de la curia de los elegidos la retuvieron por los brazos.

—¡Expulsemos a Satanás lejos de nosotros! —clamó Alight.

Y sus fieles repitieron:

—¡Expulsemos a Satanás lejos de nosotros!

—¡Todo a Dios, todo a Dios, todo a Dios!

—¡Todo a Dios, todo a Dios, todo a Dios!

—¡Soltadme, quiero irme, quiero irme! —gritaba Xany desesperadamente.

Los rituales de aquel ceremonial prosiguieron. Xany gritaba y la dejaban gritar aunque la mantenían en su puesto. El ambiente se fanatizaba, unas palabras seguían a otras y los asistentes creían ciegamente cuanto el gran maestro Alight les decía.

—¡Oremos mientras la señora Reveis expulsa al diablo del cuerpo de su hija!

Cogieron a Xany y la ataron a dos argollas que colgaban de la pared.

Los gritos de la muchacha fueron inútiles, el gran maestro Alight seguía fanatizando a sus prosélitos.

John Berger trajo la vara de abedul y, mientras la sostenía entre sus manos, el gran maestro Alight la bendijo e invocó poderes sobre ella. Después, exigió:

—Señora Reveis, su hija la necesita, todos la necesitamos.

Los reunidos salmodiaban:

—¡Todos la necesitamos!

La señora Reveis, como una sonámbula, se acercó a ellos.

El gran maestro Alight le pidió que besara sus sandalias y ella le obedeció ciegamente. Después, le entregó la vara de abedul.

—Golpea el cuerpo de tu hija mientras nosotros invocamos los poderes de Dios para expulsar a Satanás del cuerpo de Xany. Ella nos lo ha suplicado. Golpéala fuerte mientras te ayudamos con nuestros rezos. Que tu mano sea firme, que no tiemble, que tu mano sea justa y que tu mente esté con todos nosotros.

—¡No, madre, no, no les hagas caso, mienten, mienten, me han secuestrado, me han traído aquí a la fuerza!

Le rasgaron la túnica por la espalda dejando ésta desnuda y de nada sirvieron los gritos de la muchacha.

Su madre no parecía oírla y los rezos se hacían en un tono alto que ahogaba cualquier palabra mientras la larga vara de abedul golpeaba una y otra vez.

Xany acusó los golpes que su propia madre le daba y su espalda comenzó a enrojecer.

¿Cuándo terminaría tan brutal castigo? ¿Cuando le llegase la muerte?

—No, madre —sollozó mientras nuevos golpes la hacían retorcerse de dolor sin que nadie se apiadase de ella.

CAPITULO X

—¿Qué has averiguado? —preguntó Fergus.

—Poca cosa.

—Eso es muy subjetivo, depende de lo que opine cada cual.

—¿Vas a pasarme un repórter diario de mis averiguaciones?

—Eso sería correcto, pensando en lo que te pago.

—No me pagas nada, Fergus.

—Te pagaré cuando hayas descubierto la identidad del pagano.

—Eso no se puede averiguar en un solo día, máxime cuando el asesino a sueldo ya ha muerto y suponiendo siempre que le hubieran pagado.

—He recibido información.

—¿De qué clase?

Tramp miraba con cierta ironía y a la vez con mucha atención a Fergus, el ex capitán de la policía metropolitana. Sabía que era malo entregarse a él, era un sujeto de temer. Había tratado con individuos de la peor catadura.

—¿Sabías que Lewis L. Benson tenía una chica digamos fija?

—Me parece normal.

—Ella podía saber algo.

—¿La has interrogado?

—No.

—¿Por qué no? Ese trabajo te lo dejo a ti.

—La chica ha intentado suicidarse.

—¿Es una noticia reciente?

—Sí.

—¿De cuándo?

—De hace unas horas.

—¿Dónde está?

—En el Center Hospital, unidad de cuidados intensivos. Tengo todavía muchos amigos que me informan.

—¿Son de la policía?

—Sin comentarios.

—¿Hasta dónde llegan tus contactos, Fergus?

—Más lejos de lo que imaginas —silabeó casi en tono de advertencia mientras colocaba un cigarrillo entre sus labios.

—Si tienes tantos contactos, ¿por qué te fías de mí?

—Olfato, olfato —repitió—. Tú lo tienes y otros no, lo sé mejor que nadie. Te conozco bien, Tramp, ya te lo dije cuando fui a buscarte. Tú tienes ese olfato que hace falta para averiguar lo necesario y eso se consigue mejor utilizando tus sistemas que siguiendo las pistas como si se tratara de una novela de Agatha Christie o de George Simenon.

—Entonces, ¿me sugieres que vaya a ver qué puedo sacar de esa chica?

—Sí, se llama Laura. Espero que no la hayan enterrado antes de que tú la sonsaques. Ella puede tener información muy valiosa sobre la personalidad del pagano.

—Bien, iré a ver a la chica, pero si no sabe nada del pagano, ¿qué?

—Sigue buscando por donde mejor te parezca. Yo tenía que avisarte de que esa mujer ha tratado de suicidarse y puede que sepa algo. Es un favor que te hago diciéndotelo.

—Podías haberla interrogado tú.

—No me interesa que me vean.

—¿Quiénes?

—Mis antiguos compañeros. Podrían sentirse molestos si se dan cuenta de que recibo informaciones de la propia policía.

—No es nada nuevo que haya miembros de la policía que se dejen sobornar.

—Este tema, para mí, es sin comentarios.

—De acuerdo, de acuerdo. Por cierto, tus ex compañeros no han querido informarme de nada acerca del tipo que trató de matarnos a mi amiga y a mí con el bólido de carreras.

—Puede que no sepan nada.

—El bólido valía mucho dinero.

—¿Y no estaba asegurado? —preguntó Fergus con sorna.

—No.

—Gajes del oficio, a veces se pierde y otras se gana.

—A mis socios no les ha gustado nada este asunto.

—Lo comprendo. Imagino lo que vale un bólido de fórmula uno aunque sea de segunda mano.

—Fergus, espero encontrar al pagano y, si cuando te lo entregue no me pagas, te aseguro que vas a arrepentirte de haberme metido en este lío.

—Te veo muy nervioso, Tramp, no esperaba eso de ti.

—En cambio, yo imagino que tú te llevas un extraño juego entre manos.

—¿Un extraño juego? —repitió despacio, divertido en cierto modo.

Se sentía en una posición de superioridad, de dureza, como el gato que juega con el ratón sabiendo que al final hundirá sus uñas en él.

Tramp se dirigió al Center Hospital. No era la primera vez que pasaba por aquel lugar, había estado en la sala de disecciones y también en la de cuidados intensivos. El mismo había sido internado en urgencias con un plomo en el omoplato en sus días

de acción intensiva como investigador privado.

—¿Te acuerdas de mí, encanto? —le preguntó a la instrumentista de primera.

—¡Tramp, si es Tramp! —exclamó, jubilosa.

Dejó que ella le cogiera el rostro y le besara en la boca con mucho interés. La notó jadeante y muy ilusionada.

—¿Satisfecha?

—De verte, sí, pero...

—¿Pero qué?

—Ven conmigo —le pidió, cogiéndolo de la mano y llevándoselo consigo.

Tramp se dejó llevar. Aquella especialista de quirófano que se llamaba Edwige podía serle útil dentro del hospital; con ella tenía todas las puertas abiertas.

—Pasa.

Tramp miró en derredor.

—No hay nadie aquí.

Edwige cerró la puerta, miró la cama limpia y bien preparada y preguntó:

—¿Te parece poco lo que hay?

—¿Una cama? Diablos, sí que vas aprisa.

—Dentro de media hora entro de servicio.

—¿Y cómo es que has llegado antes de la hora?

—Quería adelantar trabajo, vamos muy atareados estos días, pero prefiero aprovechar el tiempo contigo.

Sin más, comenzó a quitarse la bata corta y los pantalones largos que constituían el uniforme de quirófano.

—Edwige, sigues estando tan buena como siempre, pero yo he venido aquí de visita.

—Habrá tiempo para todo. No soy tan tonta como para pensar que has venido al hospital exclusivamente para verme a mí, no es tu estilo de actuar. Podías haberme llamado por teléfono y habría acudido adonde me llamaras. Bueno, eso no quiere decir que sea tu ferviente admiradora y, la verdad, tampoco me casaría contigo, pero me gustas, me gustas a rabiar.

Se le acercó y volvió a colgarse de su cuello, presionando su cuerpo semidesnudo contra el del hombre.

—Vengo a ver a una mujer que se llama Laura.

—¿Laura? Eso es poca cosa. Además, no suelo aprenderme los nombres de los que traen a este hospital, son demasiados; necesitaría tener un ordenador entre ceja y ceja y estaría un poco fea.

—Intento de suicidio. ¿Te dice algo eso?

—Ah, sí, es una mujer que se ha arrojado desde un séptimo piso.

—Estará moribunda.

—Otra, en sus circunstancias, ya estaría muerta. Ella ha tenido la desgracia de caer contra las ramas de un gran árbol.

—¿Desgracia? Si está viva...

—Es que tú no has visto cómo está ni sabes cómo va a quedar. Tiene el cuerpo roto como el de una muñeca destrozada. La cirugía estética va a tener que hacer milagros con su cara. Si me atiendes un poco ahora, luego te llevo hasta ella. Te advierto que no recibe visitas, pero si te quitas la ropa, yo te daré una bata apropiada y nadie te molestará. Podrás hacerle algunas preguntas, no demasiadas, y no sé si conseguirás que te conteste.

—Lo que tú propones es chantaje.

—¿Chantaje? —repitió ella, comenzando a bajarle la cremallera de los pantalones.

—Está bien, hay ocasiones en que uno no puede escapar a la trampa que le tienden y, al parecer, tú eres una experta cazadora. La besó en los labios.

—Estarás pensando que soy una zorra, ¿verdad? —runruneó ella con la voz algo ronca y con dificultad para abrir los ojos.

—Sí, pero muy caliente.

CAPITULO XI

Había sido operada ya, pero los cirujanos se reservaban tener que intervenir a la desgraciada Laura Evans tres o cuatro veces más.

Las polifracturas que sufría no podían ser curadas en una sola intervención de quirófano. La caída había sido terrible, brutal. De no ser detenida por las ramas del árbol, la muerte hubiera sido el resultado de aquella defenestración, al parecer voluntaria.

Tramp miró aquella cabeza envuelta en vendas; entre la masa blanca había pequeños orificios para ver, respirar y recibir las sondas que la alimentarían.

Edwige miró a Tramp después de clavar sus ojos en la paciente.

—Está despierta. Lo que no es seguro es que esté mentalmente bien; el psiquiatra todavía no ha podido intervenir.

Tramp puso voz convincente para preguntar:

—¿Por qué lo has hecho, Laura?

La paciente no se movió en absoluto.

—No puede hablar —advirtió Edwige.

—Quiero ser tu amigo, Laura. No soy policía. Te haré algunas preguntas. Si dices «no», bastará con que cierres los párpados por unos instantes «sí», puedes estar con los ojos abiertos, yo te los veo.

—No te va a contestar —insistió Edwige—. No ha dicho una palabra desde que entró en el hospital.

—¿Te has arrojado tú desde el piso o te han empujado?

Laura permaneció con los ojos abiertos. Edwige miró interrogante a Tramp le preguntó:

—¿Vas a tomarlo como una afirmación?

—Sí —respondió Tramp. Encarándose de nuevo con la casi moribunda Laura, volvió a preguntar—: ¿Sabías algo sobre Lewis? La joven permaneció con los ojos muy abiertos.

—Siempre está igual —dijo Edwige.

—¿Sabías que Lewis iba a matar a Grant Fox?

Esta vez Laura cerró los ojos por espacio de tiempo considerable.

Edwige parpadeó, incrédula, y después preguntó:

—¿Tiene que ver ella con la muerte de Grant Fox?

—Era la novia del asesino.

—Que noticia, si se enteran los muchachos de la prensa.

Tramp cogió a Edwige por las mandíbulas, mitad acariciándola mitad amenazador.

—Si llamaras a los muchachos de la prensa, no te lo perdonaría jamás, ¿lo entiendes, preciosa? Jamás.

Edwige vio un brillo muy duro en los ojos del hombre y le tentó.

En aquellos instantes, en nada se parecía al que había estado entre sus brazos un rato antes.

—Es que es noticia... —insistió.

—Es una paciente. Además, hay gente metida en este asunto. ¿Sabes quién es la mafia?

—Sí, claro.

—Pues, antes de una semana podrías estar metida en esta cama como ella. Ahora, sé buena y déjanos solos.

—No puedo dejaros solos, Tramp, no puedo.

—Fuera.

Edwige, molesta, abandonó la habitación de cuidados intensivos sabiendo que en pocos minutos entrarían enfermeras y médicos a controlar a la paciente. Tramp debía darse prisa.

—Laura, me gustaría ayudarte. ¿Te sentías acosada?

«Sí».

—¿Por quién?

Ella cerró los párpados y Tramp preguntó:

—¿He de interpretar que no lo sabes?

Ella permaneció con los ojos abiertos.

—Es difícil hacerte preguntas así. ¿Te han hecho daño?

Laura continuó con los ojos abiertos y él insistió:

—¿Te preguntaban por Lewis?

«Sí».

De pronto, hizo un gran esfuerzo y a través del agujerito que había entre las vendas, su voz salió como del fondo de una tumba.

—Roulotte blanca, raya amarilla.

—¿Cómo dices?

—Eh, ¿quién es usted? —inquirió la voz de un médico que entró acompañado de dos ayudantes.

—Conozco a esta mujer y deseaba saber cómo se encuentra.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Andando, lo mismo que me marchó.

Se apartaron y Tramp se alejó mientras ellos se precipitaban sobre la enferma para averiguar si seguía bien. Laura Evans, que había hecho un gran esfuerzo debido a su situación, cayó en un profundo sueño.

* * *

Mary parecía más seria que de costumbre. Los últimos acontecimientos la habían afectado profundamente.

Había sufrido mucho viendo cómo golpeaban la espalda de la

joven Xany con la vara de abedul en la salvaje ceremonia de purificación.

Los Danski seguían duros en su actitud. Mary recordaba las palabras del hombre que había subido al coche pese a la ira de su abuelo y que le había hablado bien de su padre, un desconocido para ella.

Mary estaba harta de tantas órdenes, de tanta intransigencia, pese a que estaba acostumbrada a ellas y viendo que sus compañeros de escuela sufrían la misma educación puritana.

—¿Quién te ha dejado esa revista? —preguntó su abuela de improviso.

Mary se la quedó mirando fijamente como si no entendiera lo que le preguntaban respecto a aquella revista musical monográfica dedicada a Grant Fox.

—Exijo que me respondas. ¿De dónde has sacado esa revista?

—Me la han dejado.

—¿Quién?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué?

—He dicho que no lo diría.

—¡Pues vas a decírmelo inmediatamente.

—No.

—¿Te atreves a desobedecerme? —inquirió la abuela, chispeándole los ojos de cólera ante la actitud resuelta de Mary que apretaba los labios como dispuesta a no dejar que su abuela le abriera la boca para traicionar a la amiga que le había prestado aquella revista que acababan de descubrirle.

—Te castigaré y luego te encerrarás en tu cuarto hasta que tú sola decidas venir a contarme la verdad sobre esta revista viciosa.

—Esta revista habla de mi padre, abuela, de tu hijo. Dicen que era bueno, el mejor músico, y que lo mataron porque era bueno.

—¡Mienten, mienten! ¡Era malo, malo, por eso nos dejó y se fue con una mala mujer, por culpa de ella abandonó a sus padres y Dios le dio el justo castigo! Y ahora, tú también recibirás lo que mereces por contradecirme, por ocultarme la verdad.

Mary la vio tomar la vara, vio cimbrear el abedul y comenzó a temblar, pero jamás había huido de los castigos.

—Date la vuelta e inclínate hacia adelante.

—No, abuela, no lo hagas.

—¡No supliques!

—¡No me pegues, abuela, no me pegues!

—Obedece, recibirás el castigo.

En aquel momento entraban en la salita, conversando amigablemente, el abuelo Danski y el reverendo John Berger, la

mano derecha del gran maestro Alight.

—¿Qué vas a hacer, hermana? —le preguntó Berger.

—Castigar a Mary.

—¿Podría conocer el motivo?

—Sí, claro, reverendo Berger —respondió la abuela mientras Mary permanecía quieta y en silencio—. Estaba mirando esta revista y no quiere decirme quién se la ha dado.

—A ver... —Berger examinó la revista, la ojeó un poco y opinó —: Los niños suelen cometer travesuras, abren la ventana del vicio, pero si se arrepienten y no vuelven a reincidir, no ocurre nada. Mary siempre ha sido una buena niña, yo diría que la mejor de nuestra comunidad religiosa, por eso merece un poco de indulgencia.

—¿De verdad opina que no debo azotarla?

—En otras circunstancias, sí, pero ahora tiene la mente en plena confusión. Opino que no hay maldad en su actuación si no confusión juvenil. Mary y yo hemos de mantener largas charlas para que se convenza plenamente de cuál es el camino que lleva al Todopoderoso y de cuáles han de ser sus líneas de actuación. Hemos de prepararla entre todos porque ella es uno de los pilares de nuestra comunidad. El futuro está en los niños llenos de fe como ella. ¿Verdad, Mary, que no hay maldad en tus palabras, en tus actuaciones?

—No, no soy mala.

—¿Lo ve, señora Danski? No hay maldad en ella, sólo confusión. A partir de ahora nos la traerá más a menudo a la iglesia para que pueda conversar largamente con ella.

—Creo, mammy —dijo el abuelo Danski a su esposa—, que el reverendo Berger tiene razón. Hemos hablado mucho sobre Mary, ella va a ser elegida como la representante juvenil de la nueva era de nuestra comunidad.

—Está bien. Ya lo has oído, Mary, puedes marcharte.

Mary no se lo hizo repetir. Temía a la vara de abedul que aún cimbreada entre las manos huesudas y despiadadas de su abuela, una mujer de carácter durísimo que no había tenido piedad ni para su hijo debido a su fanatismo religioso.

Salió de la casa por la puerta de la cocina, huyendo de todo y de todos.

Deseaba llorar a solas. Ansiaba recuperar aquella revista que hablaba de su padre y llevársela consigo. Amaba la imagen del hombre que usaba unas gafas de cristales triangulares, como para llevar la contradicción a todo lo establecido.

La pareja de dobermans se volvieron hacia la muchacha pero no se le acercaron, no eran perros amigables. Mary hubiera

deseado tener un perro distinto, un animal que la acompañara, pero aquellas bestias no la obedecían a ella, sólo a sus abuelos.

Rodeó la casa y viendo el automóvil de su abuelo, pensó que en el garaje podría refugiarse. al abrirlo, descubrió algo que la sorprendió. Allí había una roulotte blanca, con una franja amarilla.

Sorprendida por el descubrimiento, Mary cerró la puerta del garaje y quedó a solas con la roulotte. Se enfrentó con la portezuela de la misma y pudo abrirla porque la llave no estaba puesta.

Apenas había luz en su interior y olía fuertemente a tabaco. Sus abuelos no fumaban y el olor a tabaco destacaba mucho a su olfato.

El remolque estaba lleno de pequeños muebles convertibles que Mary no había visto jamás. Llegó hasta la cama y se sentó en ella, balanceándose como en un Columpio.

Notó un ruido raro, distinto, como de papel. Levantó la colchoneta y aparecieron revistas, revistas musicales y de actualidad. En todas ellas, con ojos muy abiertos, Mary pudo ver imágenes de su padre.

Allí había muchos reportajes que hablaban de él, de su vida y de sus éxitos, y la joven no pudo por menos que estremecerse ante lo que ella consideraba un tesoro, porque lo que ya era indudable es que ni sus abuelos ni el reverendo Berger y tampoco el mismísimo gran maestro Alight, lograrían convencerla de que su padre había sido un hombre malo.

CAPITULO XII

Llamó repetidas veces a la puerta de la habitación sin obtener respuesta; sin embargo, su sexto sentido le advertía que tras la puerta había alguien. Aplicó su oído a la madera, que era de mala calidad, y le pareció oír unos gemidos.

—Xany, ¿estás ahí? ¡Xany!

Optó por sacar un estilete que llevaba consigo y forzó la cerradura que cedió sin dificultad.

Xany yacía en la cama, tumbada boca abajo. Se hallaba dormida y gemía en sueños.

—Xany, ¿qué te ocurre?

Al tocarle la espalda cubierta por una blusa, Xany lanzó un grito de dolor, despertando súbitamente.

—Xany, soy yo, Tramp.

—¡Tramp, Tramp! —Se volvió hacia él, abrazándose a su cuello mientras sollozaba visiblemente.

—¿Qué es lo que te pasa, Xany? —le dijo abrazándola.

Al posar sus manos sobre las espaldas femeninas, ella volvió a contraerse de dolor, ahogando un grito.

La volvió a la cama, boca abajo, y le descubrió la espalda con cuidado.

—¡Dios! —exclamó al ver su carne marcada por los azotes.

—No me preguntes, Tramp, no me preguntes. No debí enfrentarme a ellos, son crueles, despiadados.

—Los de la secta, ¿verdad?

—Tramp, quiero irme de aquí, quiero irme lejos, donde jamás me encuentren. Ayúdame, te lo suplico, ayúdame. Otra vez esto no lo soportaría.

—¿Cómo se han atrevido a tanto?

—Son crueles y vengativos, Tramp, crueles y vengativos.

—Llamaré a la policía.

—No lo hagas. Tramp. no lo hagas.

—¿Por qué no? Te han torturado. ¿Es que no quieres que paguen lo que han hecho contigo?

Ella hizo un esfuerzo y le contuvo para explicarle:

—La que me ha hecho esto ha sido mi madre, mi propia madre.

—¿Tu madre?

—Sí, ellos la han fanatizado y no es la única. La convencieron de que yo tenía el diablo en el cuerpo y me azotó para sacármelo.

—Está loca.

—Hay muchos locos que cometen barbaridades en nombre de Dios.

—Es posible que tu madre se haya vuelto loca, pero los culpables son los que la manejan, a ella y a otros, como por ejemplo a los Danskis.

—Grant Fox les abandonó porque no podía vivir junto a ellos.

—¿Y cómo pudo dejar a la niña en manos de esos fanáticos?

—Grant Fox estaba muy enamorado de su mujer, Pink, la madre de la niña que falleció en accidente. El tenía que viajar continuamente, no se podía ocupar de la pequeña y antes que internarla en un colegio la dejó al cuidado de los abuelos, creyéndoles más normales de lo que en realidad son. Los Danskis siempre habían sido puritanos, antes era cuáqueros, pero dejaron de serlo cuando se toparon con Alight que les prometió mucho más si su entrega era completa.

—La situación está clara. La heredera es la niña y los abuelos, sus tutores, fanáticos como son, no tocan un centavo de la fortuna que Grant Fox ganó con sus canciones. Y esa fortuna permanece en el Banco esperando a que Mary llegue a la mayoría de edad.

—Y si ella continúa en la secta, deberá ponerla a disposición de la comunidad «Todo a Dios».

—Mantienen a la niña poco menos que secuestrada para lavarle el cerebro y no permiten que vea a nadie que pueda apartarla del camino que ellos le han trazado. De este modo, una chica fanatizada o por lo menos incapacitada para decidir cuando llegue a su mayoría de edad y sin abogados que puedan asesorarla, entregará la fortuna de su padre a la secta.

—Así será.

—Parece un plan diabólicamente calculado a largo plazo. La secta puede permitirse esperar varios años, lo que importa es que la gran heredera no se les escape de las manos. Han de convencerla de que la única forma de salvar su alma es entregando cuanto posee a Alight y a John Berger y la criatura, que no habrá manejado un dólar en su vida, lo hará sin problemas.

—Puedes jurar que lo hará. No habrá visto televisión, oído la radio ni leído un periódico. Es como si la mente de Mary estuviera fijada en la edad media.

—Pobre niña, a qué acoso la habrán sometido; pero ahora, ocupémonos de ti. hay que llamar a un médico.

—No, tendría que denunciarlo y no quiero que mi madre vaya a la cárcel. Se celebraría un proceso y la enviarían al psiquiátrico judicial.

—Es donde merece estar. Opino que tienes la espalda mal, llamaré a una amiga mía que puede hacer algo y si lo cree conveniente, ella misma nos recomendará avisar a un médico.

Utilizó el teléfono hasta que consiguió localizar a Edwige a la que le pidió:

—Ven a la dirección que voy a darte y tráete un botiquín pequeño de urgencias.

—Tramp, ¿te han herido? —le preguntó Edwige, angustiada.

—Haz lo que te pido y no preguntes.

Edwige no tardó en presentarse. Llegó preocupada, con el pequeño maletín de primeros auxilios y nada más ver a Tramp en la puerta, le puso una mano en la cara, inquiriendo:

—¿Qué te han hecho, un tiro, una puñalada, te han golpeado?

—Pasa.

Quedó perpleja al descubrir a Xany en la cama.

—¿Es amiga tuya?

—Sí. Anda, cerremos la puerta.

Edwige se acercó a Xany y preguntó:

—¿Qué te pasa?

Fue Tramp quien explicó:

—Han tenido la mala leche de azotarle la espalda con una vara. Mira si es grave.

—¿No ha visto a ningún médico?

—No quiere que se entere la policía.

Le examinó la espalda y opinó:

—Menuda paliza, es posible que coja fiebre.

—¿Es grave?

—Podría serlo. —Se inclinó sobre Xany—. ¿Puedes moverte?

—Sí, pero me duele mucho.

—Sería mejor que te miraran los huesos por rayos.

—No quiero que intervenga la policía porque esto me lo ha hecho mi madre.

Edwige silbó significando sorpresa.

—Vaya con tu mamaíta... ¿Es celadora de prisiones?

—¿Podrás curarla? —inquirió Tramp.

—Si no surgen complicaciones, sí, pero sería mejor llamar a un médico.

—Haz lo que ella te pida, Edwige, está con problemas.

—O.K.

Tramp abandonó la habitación, seguro de que la enfermera trataría bien a Xany pese a jugarse su carnet profesional.

Montó en su coche y fue directo a la residencia de John Berger.

La verja estaba cerrada. Llamó al timbre y por el interfono pudo oír la voz del propio Berger.

—¿Qué desea?

—Verle.

—Yo no quiero verle a usted, márchese o llamaré a la policía.

—Hágalo, acabo de ver a Xany.

—No tengo nada que hablar con usted.

—Yo sí, Berger, es usted un hijo de perra.

Berger debió pulsar algún resorte porque de pronto, por un lado de la residencia, aparecieron cuatro grandes perros que se abalanzaron sobre la puerta del jardín.

—¡Maldito cerdo, ya te encontraré! —rugió Tramp.

Se apartó de la verja, no podía saltar al interior del jardín para enfrentarse a aquellas cuatro grandes fieras que ladraban furiosas, con más de setenta kilos de peso cada una.

Subió de nuevo a su coche y se dirigió a la iglesia de la secta «Todo a Dios». Estaba cerrada. La rodeó buscando una posible entrada y descubrió una puerta pequeña en la parte posterior, en lo que parecía una vivienda anexa.

Pasó de largo con el coche y se estacionó en una calle donde no pudiera llamar la atención pese a que era un área residencial muy tranquila y a aquella hora de la tarde no se veía pasar a nadie a pie.

Se acercó a lo que parecía una vivienda anexa a la capilla. La puerta era de aspecto normal, pero como investigador que era. Tramp sabía distinguir una puerta blindada de otra que no lo fuera y aquella sí lo estaba.

No había forma de otear ventanas, sólo podía averiguar algo con estratagemas o empleando métodos electrónicos y optó por esto último.

Se acercó a la puerta y, cubriéndose con su propio cuerpo por si podían verle a distancia, pegó a la madera una especie de clavo redondo que tenía la forma adecuada para pasar desapercibido, como si realmente fuera un clavo.

Después, se alejó sin mirar atrás. Cuando llegó a su coche, extrajo un receptor y mediante un cable, lo conectó a la antena exterior de la radio del coche.

Esperó. Oyó risas femeninas. Siguió aguardando y escuchó pasos, luego un timbre de llamada. Más pasos y el ruido de una puerta al abrirse...

—Berger, ¿qué pasa?

Tramp había conectado ya la grabadora del coche para quedarse con todo lo que pudiera de aquel diálogo.

—Tramp, el investigador privado, anda husmeando por aquí.

—¿Está afuera?

—No —respondió John Berger mientras, de fondo, se oía una risa femenina—. Ha estado en mi casa y le he echado los perros. Ese tipo no me gusta nada, es peligroso.

—¿Temes que pueda averiguar que fuimos nosotros los que

contratamos a Benson?

—No lo sé, no lo sé —dijo, evidentemente nervioso—, pero si descubre que pagamos por la muerte de Grant Fox, toda la nación se nos echará encima, su muerte ha sido muy sonada.

—¿Y qué se puede hacer, según tú?

—Tomar precauciones. Por de pronto, él husmeará en torno a nosotros porque sospecha algo. No deje entrar a mujeres aquí.

—Mira, Berger, no te metas en mi vida privada.

—Yo sé que necesita esos contactos con nuestras fieles, pero hay que tener cuidado —insistió.

—Lo tengo; ninguna de ellas ha dicho nunca nada.

—Porque las hipnotiza previamente.

—Mi poder de sugestión es grande y luego ellas creen que han estado en el paraíso.

—Pero, han yacido en su cama, ofreciéndole a usted todos sus favores íntimos, Alight.

—Soy humano y tengo mis debilidades. Tú también las tienes, Berger, tu gran pasión es el dinero.

—El control del dinero es la supervivencia de nuestra comunidad religiosa.

—Así debía hablar Judas.

—¿Pretende insultarme, Alight?

—No, no es eso, pero cada cual tiene sus flaquezas. Tú estás esperando tener entre tus manos la fortuna de Grant Fox.

—Tardaremos algunos años todavía y la personalidad de Mary me preocupa, es rebelde como lo era su padre.

—¿Crees que hay que hacerle un tratamiento especial?

—Sí, hay que sujetarla más mentalmente, darle sensación de grandeza, de infinita espiritualidad. No cae en el fanatismo y hay que empujarla un poco.

—Está bien. La traeré aquí conmigo y le haré un tratamiento especial que la deje atada a mí para siempre.

Berger le advirtió:

—Es una niña aún, Alight.

—Una niña que ya está formada como una mujer aunque sus vestidos den una impresión contraria. La haré entrar en mi paraíso particular y ya no querrá apartarse de mí, me suplicará estar siempre conmigo.

—Si le descubren seduciendo a una menor por hipnosis, le meterán en la cárcel.

—Nadie lo descubrirá. La puerta es blindada y tú te cuidarás de mantener vigilada esta santa casa mientras Mary esté dentro.

—¿Y los abuelos?

—Les diremos que Mary es una elegida y que será una iluminada;

que yo, el gran maestre Alight, me cuidaré de bendecir su cuerpo.

—Ya, una bendición muy profunda.

—No hablemos más, Berger. Vigila a ese investigador privado y aléjalo.

—No sé si será posible, anda merodeándome a mí y a los Danski y precisamente en el garaje de los Danski escondimos la roulotte de Benson, del asesino de su propio hijo.

—¿Lo saben ellos?

—No, se lo he pedido como un favor especial a la comunidad. No saben de qué se trata, pero les he advertido que la roulotte no debe ser vista.

—Su obediencia es absoluta.

—Así lo creo yo, por eso he confiado en ellos.

—¿Y por qué no destruir la roulotte?

—Prefiero dejar pasar un poco de tiempo. Lewis L. Benson me había amenazado con contar que nosotros le pagábamos si no le ayudábamos luego a salir del manicomio.

—Pobre imbécil... Drogadicto y encima fácilmente sugestionable. no costó nada obligarle a actuar.

—Fue una muerte espectacular y atrapando al asesino, el caso se cerraba y nosotros sólo teníamos que esperar unos años. La fortuna caerá en nuestras manos, podremos levantar un gran templo y ampliar nuestra área de influencia.

—Bien, mañana tráeme aquí a la niña, comenzaremos el tratamiento.

—¿La seducirá mañana por hipnosis?

—No vuelvas a pronunciar esa palabra, Berger. Yo sólo la instruyo, la bendigo, le marco el sendero que ha de seguir para convertirse en una iluminada. Después de todo, las mujeres jóvenes, si valen, pueden ser unas excelentes difusoras de nuestra religión.

—¿Y si el investigador no se aleja?

—Si ha muerto Grant Fox, también puede morir el investigador. ¿No te parece, Berger?

—¿Morir, cómo?

—No sé, atropello, también puede ser capturado. Lo llevas a cien millas de aquí y le inyectas una dosis de narcótico para que se comporte torpemente. Le sueltas luego a tus dogos gigantes y ellos lo despedazarán. Vuelves a meterlos en el furgón y los traes aquí, jamás encontrarán a los perros asesinos, hasta es posible que nunca lleguen a ser identificados los restos humanos que esos animales dejen en mitad del bosque.

—Más muertes es peligroso.

—Una sola basta para que nos hundamos. Tú me convenciste de

que si Mary heredaba la fortuna de su padre podía ser nuestra gran suerte, basándonos en que el dinero de nuestros fieles pasa directamente al tesoro de la comunidad, tesoro que controlamos tú y yo. Ahora, márchate ya.

—Alight, Alight —llamó una mujer, una hija de la comunidad. asomando desnuda por la puerta, riendo y con los cabellos sueltos. Su mirada parecía enfebrecida, además de extraviada.

CAPITULO XIII

Fergus, el ex capitán de la policía metropolitana, escuchaba atentamente la cassette proporcionada por Tramp, que se hallaba sentado en una butaca frente a él.

—Buen trabajo —opinó Fergus cuando la cinta dejó de escucharse.

—He' tenido suerte en el momento y el lugar justo de colocar el microemisor autónomo.

—Has empleado un buen «chinche». Sabía que lo conseguirías, Tramp. tienes un olfato especial para estos asuntos. Has hecho un trabajo brillante.

—Yo no lo creo tanto.

—¿No? Esta cinta es toda una prueba de que han sido esos engañaidiotas, fanatizadores de locos puritanos.

—Una cinta no es una prueba definitiva para llevar a unos supuestos culpables ante un tribunal del delito de asesinato.

—Tú ya has cumplido. Tramp.

—¿Estás seguro. Fergus? Insisto en que con esa cassette no podrán llevarlos ante un tribunal. Sabemos quiénes son. pero hacen falta pruebas tangibles e irrefutables que el fiscal correspondiente pueda aceptar como buenas para llevar este caso adelante ante el gran jurado.

—Con esta cinta no se les puede llevar ante un tribunal de justicia, es cierto, una cinta magnetofónica es susceptible de ser manipulada; no obstante, bastará con entregarla a la policía para que ésta abra una investigación.

—Eso me parece justo. Nosotros hemos encontrado el meollo de este caso, el asesinato del ídolo, de Grant Fox. Murió el verdugo pero quedan los paganos y los paganos son cómplices en mayor grado, además de inductores.

—Excelente trabajo, Tramp.

—Entonces, ¿mi parte ya está hecha?

—Sí.

—¿Y el pago?

—En este punto he dé consultar antes con mis superiores, con el consejo de administración, ellos decidirán.

—¿Ellos saben que estoy metido en el caso?

—No tenían por qué estar enterados, pero si me pagan a mí, tú cobrarás según lo que acordamos.

—¿Y si no le pagan a usted?

Fergus sonrió mientras de una caja forrada con piel de cocodrilo sacaba un cigarro.

—¿Tienes miedo a que no te pague?

—Miedo, no, pero hace tiempo que aprendí a desconfiar de mi sombra.

—No temas, te avisaré. Lo que no te puedo garantizar es si te pagaré dentro de dos días o de un mes. Después de todo, ya tienes tu licencia de investigador privado en regla.

—No cabe duda de que tienes muchas influencias para haber conseguido que me la devolvieran.

—Puedes jurarlo, tengo magníficos contactos; no en vano he sido capitán de la policía y he conocido a muchos tipos influyentes. Tienes ya tu licencia, aunque por un tiempo deberás comportarte como el mejor y el más cuidadoso de los investigadores privados para que no te cojan en falta y te la retiren definitivamente.

—Procuraré ser cuidadoso, la verdad es que me gusta más ser investigador privado que vender coches de carreras usados.

—Bien, yo me quedo con la cinta. La pasaré a mis superiores y ya te avisaré para que puedas recoger tu dinero.

—Le daré varios números de teléfono, puede llamar a cualquiera de ellos para encontrarme y me dará mucha satisfacción saber que el fiscal se hace cargo de este asunto y la policía busca más pruebas en contra de esos embaucadores.

—Así será, es un asunto prácticamente solucionado. La verdad es que podía haberlo resuelto yo mismo, pero siempre sucede igual, una cosa parece sencilla cuando ya está resuelto, no antes.

—Bien, aceptemos que tengo olfato. No se olvide de mi dinero, me he jugado mucho en este caso y he perdido un coche.

—Ah, antes de que se me olvide: el gabinete de identificación ha averiguado quién fue el tipo que quiso matarte lanzándose contra ti en tu propio bólide de carreras.

—¿Ah, sí, y quién era?

—Un tal Iverson, Emil Donald Iverson.

—No le conozco.

—Vive en el River Boulevard, lo que equivale a decir en el área de influencia de esa secta religiosa. No será difícil probar que era miembro de la secta y que ya intentaron matarte una vez y ahora hacían una segunda prueba a ver si tenían mejor suerte.

—Es lo que suponía, un fanático enviado por John Berger y su gran maestro Alight. Lo que no suponía es que un hijo que se las da de puritano friera tan libidinoso.

—Bien, asunto preparado para entregarlo a la policía.

Abandonó el despacho que Fergus tenía en la compañía aseguradora. La secretaria, un espléndido ejemplar femenino, le sonrió obsequiosa; Tramp casi no la vio.

Salió a la calle con la sensación desasosegante de que algo no

funcionaba. No sabía qué era, pero algo no marchaba bien. Se encogió de hombros. Había dejado ya el caso en manos de Fergus que era quien le había encargado la investigación y, en cuanto a la devolución de su licencia de investigador privado, había cumplido, porque se la habían entregado mucho antes de lo que él esperaba.

Fue a ver a Xany y la encontró muy mejorada. No se le podía tocar la espalda, pero había salido con bien del desagradable y cruel trance.

—¿Qué te ha dicho Edwige?

—Ha venido tres veces, es ya una buena amiga mía. Dice que he tenido mucha suerte, que de una paliza así podían haberse matado.

—Esos ceremoniales son excesivamente crueles y pueden terminar en tragedia.

—Me ha dicho Edwige que la chica por la que preguntaste en el hospital ha muerto.

—¿Muerto?

—Sí, no ha resistido. ¿La conocías mucho?

—No, pero estaba implicada en este caso. Ella era la chica del asesino de Grant Fox.

—¿La mataron?

—Creo que se suicidó al sentirse acosada. Estáis saliendo perjudicadas varias mujeres y a la que me gustaría liberar cuanto antes es a Mary.

—Pobre niña, lo va a pasar muy mal.

—¿Tú fuiste a la residencia del gran maestro Alight?

—¿Te refieres a solas?

—Sí.

—No. Conocía a otras que sí habían ido y salían como idiotizadas, hablando siempre muy bien del gran maestro Alight. Yo era muy rebelde y no quería dejarme influenciar, no me dejé suggestionar nunca, por eso me castigaron. AL final tuve que escapar, por eso se vengaron.

—¿Sabías que hipnotiza a las mujeres que llegan a su residencia y luego abusa de ellas, haciéndoles olvidar lo ocurrido.

—No, no lo sabía. Decían que con él encontraban la felicidad del paraíso, pero nunca sospeché nada.

—Pues lo hace, tengo una cinta grabada. He entregado una copia de la cinta que impresioné, pero me he quedado el original.

—¿Y temes que a Mary le hagan eso?

—Sí, es lo que han planeado.

—Hay que impedirlo.

—Yo me encargaré de ello. Ya no me ocupo del caso.

pero intentaré salvar a esa criatura de los manejos de esos embaucadores.

—¿Cómo?

—Pasaré la cinta a sus abuelos para que ellos se pongan en guardia.

—No te creerán.

—Es posible, pero lo intentaré.

Comenzó a pensar en como ayudar a Mary antes de que tuviera que intervenir la policía. Si *Se* la llevaba, le acusarían de rapto de una mujer, lo que podía costarle muy caro.

Tenía que hallar una fórmula adecuada o la pobre niña caería en las garras de aquel repugnante, empujada por el fanatismo de sus propios abuelos que no conocían lo que era la piedad ni el amor fraternal.

—¿Dónde está Mary? —inquirió el abuelo Danski, al borde de la cólera, tras recorrer toda la casa.

—Lo ignoro, ya sabes que últimamente tenía cosas raras.

—Hay que encontrarla.

—Sí, sí, pero no está, la he buscado por toda la casa.

—¿Crees que habrá escapado?

—Puede ser, pero no he oído ladrar a los perros.

—A Mary no le ladraban.

—¿Y si llamáramos a la policía?

—No, eso no. Habremos de acudir a la capilla y explicar allí lo ocurrido.

—Teníamos que llevar esta noche a Mary al gran maestro Alight; quería dedicarle un par de horas.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero no está. No hay que llamar a la policía, cogeré el coche y daré unas vueltas por las calles a ver si la encuentro.

La pareja de dobermans no servían para rastrear, eran fieles guardianes pero incapaces de seguir un rastro.

El abuelo Danski subió a su automóvil y comenzó a rodear las calles adyacentes buscando a la desaparecida Mary sin hallar rastro de ella por parte alguna.

Mientras, con cierto tacto, la abuela Danski telefoneó a las mujeres miembros de la secta religiosa que tenían hijos con los que Mary podía haber congeniado para ver si estaba con ellos, pero las llamadas telefónicas resultaban infructuosas.

Sin embargo, Mary estaba en la casa, dentro de la roulotte donde habían mirado sin encontrarla, ya que se había escondido en el estrechísimo retrete de la misma al oírlos afuera.

La abuela Danski había abierto la puerta y mirado el interior del remolque sin ver nada anormal, tampoco las revistas que la niña tenía bien guardadas.

Al marcharse la abuela, Mary prosiguió con su lectura a la luz de una vela, abriendo su mente y sus ojos a un mundo que hasta aquel momento había sido desconocido para ella.

Ahora sabía más, mucho más acerca de su padre.

Mary sorbía con los ojos todo cuanto podía de aquellas revistas, única ventana que había conseguido abrir hacia el mundo exterior, un mundo que estaba más allá de sus abuelos, de su pequeño colegio y de la iglesia.

Había oído las llamadas de sus abuelos y no quiso contestarles. Sabía que terminaría recibiendo una reprimenda, quizás una paliza, pero se negaría a decir nada y cuando pudiera, escaparía

como Xany, aunque la aterrorizaba acabar como ella, bárbaramente golpeada en aquella ceremonia que había podido ver con sus propios ojos.

—No está por parte alguna y ya ha oscurecido.

—Será mejor que vayamos a ver al reverendo Berger y le expliquemos lo ocurrido.

—Sí, será mejor —admitió la abuela Danski.

El viejo matrimonio se dirigió a la capilla donde les recibió el reverendo Berger, quien frunció el ceño al ver que Mary no iba con ellos.

—¿Dónde está la muchacha?

—Eso veníamos a explicarle, reverendo Berger —le dijo el abuelo, mirando a su esposa, como invitándole a que fuera ella quien hablara.

—Ha desaparecido.

El reverendo Berger se puso lívido.

—¿Cómo es posible que haya desaparecido? ¿No les dije que tuvieran especial atención con ella? Va a ser iluminada, el mismísimo gran Alight se encargará de ello.

—No sabemos lo que ha podido ocurrir —se excusó la abuela, trémula, pues temía al reverendo Berger.

—¿Han buscado por toda la casa?

—Sí, y no está.

—¿Le han pegado hoy?

—No, no le hemos vuelto a mostrar la vara de abedul —expuso la abuela Danski—. He hecho todo lo que me ha pedido, pese a que se mostraba rebelde.

—¿Adónde creen que puede haber ido? —preguntó Berger.

Los ancianos, al unísono, respondieron:

—Lo ignoramos.

—¿La niña ha podido encontrar la dirección de algún pariente en una carta o una agenda?

—No, no ha podido encontrarla porque hemos roto con todos —respondió el abuelo Danski.

—¿Qué sucede? —preguntó el gran maestro Alight apareciendo ante ellos con su permanente actitud beatífica y mesiánica, de hombre que está por encima de todas las miserias humanas.

—Mary ha desaparecido.

—¿Desaparecido? No es posible, es una niña buena, la futura iluminada, habrá una confusión.

—No la encontramos, gran maestro Alight —le dijo el abuelo Danski.

Mientras, en la calle, habían sido controlados por alguien que les vigilaba en las sombras.

Bastó una llamada por ondas a través de un emisor que llevaba en el automóvil, conectado a la batería, para que acudiera un camión cisterna de los utilizados por el servicio público de aguas para riego de parques y jardines.

El camión se detuvo, no lejos de la iglesia. Se apearon dos hombres con uniforme y tomando unas largas mangueras, comenzaron a regar en torno a la iglesia y la residencia, incluyendo paredes, puertas y ventanas.

Cientos de litros fueron lanzados contra aquella edificación aislada de las demás. Después, el camión se alejó como si prosiguiera su labor nocturna de riego.

El hombre del coche que habla avisado de la reunión en la iglesia de los principales miembros de la secta más los abuelos Danski, se apeó de su vehículo llevando en su mano un paquete del tamaño de un libro grande.

Anduvo hacia la puerta de la capilla, estiró de un cordel y lanzó el paquete contra la puerta, produciendo un golpe. Luego, cayó al suelo.

El hombre se alejó corriendo hacia el coche. A distancia observó que se abría la puerta de la capilla y aparecía el reverendo Berger que miró el paquete, perplejo.

Cuando se inclinaba para recogerlo, éste estalló con una gran llamarada.

La deflagración se expandió en una decena de yardas, produciendo gran calor y alcanzando de lleno al reverendo Berger, que quedó convertido en una antorcha humana.

El fuego se propagó en torno a la edificación y las llamas prendieron en puertas y ventanas, envolviéndolo todo. El líquido, sin que lo hubieran advertido, se filtró por una de las ventanas al interior de la capilla que también se incendió.

Alight corrió hacia la puerta donde ardía el reverendo Berger, mas no pudo pasar, él también quedó envuelto en llamas mientras los abuelos Danski se abrazaban, rodeados por el fuego y el humo que comenzó a asfixiarles. La muerte ya estaba con ellos.

El ulular de las sirenas de la policía y los bomberos llegaría tarde para los miembros de la secta, mientras dentro de la roulotte, iluminándose con la vela, Mary seguía leyendo aquellas revistas que aún no hablaban de la muerte de su padre, abatido por los plomos de un asesino que, sin ella saberlo, había comprado todas aquellas revistas a fin de conocer mejor a su víctima.

* * *

—¿Se encuentra bien?

Tramp acababa de preguntar a Xany por Mary, a la cual había visitado en el internado.

—Sí, pero el juez...

—¿Qué?

—Pues dice que sólo un matrimonio puede adoptar a la niña.

—A la edad que tiene, no creo que sea buena la adopción. ¿Qué te parece si pedimos autorización al juez para pasarla a buscar los días festivos?

—Podemos pedírselo, pero si no estamos casados, si no ofrecemos una imagen adecuada, pues...

—Ese juez se ha empeñado en casarnos.

—¿Te molesta?

—Bueno, creo que tú y yo nos aparejamos bien —la abrazó—. Cuidaremos de la niña y tendremos una habitación para cuando ella quiera venir a pasar un fin de semana con nosotros o unas vacaciones. Es millonaria y, sin embargo, está sola en el mundo.

—Demasiada gente querría hacerse cargo de ella con el dinero que posee.

—Chester, el amigo de su padre, tampoco ha podido obtener la tutoría.

—Pienso que el juez ha actuado bien nombrando un consejo tutor compuesto por seis personas. Una sola persona puede caer siempre en la tentación de utilizar la fortuna de la niña para enriquecerse.

—Pediremos a ese consejo asesor que nos permita ayudarla a abrir los ojos al mundo. Ahora. Xany, he de hacer una visita.

—¿Profesional?

—Sí, hay un socio que me debe dinero y me ha llamado para pagarme.

—¿Puedo acompañarte?

—¿Quieres controlarme ya el salario?

—No. qué tontería. ¿Te va a pagar mucho?

—Me esperarás en una cafetería, estoy citado en un estacionamiento subterráneo.

—¿Por qué?

—Hay clientes que no desean que se les vea pagando dinero a tipos como yo. Anda, sube al coche, te dejaré en el lugar donde puedes esperarme. —Miró la hora—. Faltan pocos minutos. Vamos, rápido.

Dejó a la muchacha en la cafetería y él penetró en el estacionamiento subterráneo de un edificio terminado pero que todavía estaba en venta, por lo que los locales se hallaban vacíos.

En el parking sólo había un coche y un furgón.

Tramp estacionó su vehículo, dándole ya la vuelta y dejándolo

encarado con la salida.

Abrió la ventanilla sin ver a nadie. Tocó el claxon varias veces y observó que la puerta del estacionamiento se cerraba desde el exterior, pero por unos tragaluces colocados en las partes altas de las paredes entraba suficiente luz para poder ver sin problemas.

Vio a Fergus que bajaba por la escalerilla que unía el estacionamiento al vestíbulo del edificio. En su mano portaba un maletín.

Tramp se apeó del coche.

—Hola, Fergus. ¿O sigo llamándole capitán?

—No bromees —le dijo, deteniéndose a tres pasos frente a él.

—¿Han pagado sin rechistar?

—Sí.

—¿Por qué no dejaron que la justicia resolviera el asunto de los indeseables que pagaron al asesino de Grant Fox?

—No te entiendo, Tramp.

—Vamos, Fergus, murieron quemados y la iglesia de la secta ardió hasta los cimientos; todo fue provocado.

—Nadie averiguará jamás quién quemó la capilla y a los embaucadores que había dentro.

—Si usted lo dice, estoy seguro de que así será. La verdad, estuve preguntándome durante mucho rato por qué tenía usted tanta influencia como para conseguir que se me devolviera la licencia.

—¿Y a qué conclusiones llegaste, Tramp? —inquirió, sarcástico y desafiante.

—Pues, a que estaba conectado con altos padrinos de la mafia y no sería nada extraño que hubiera sido la organización del crimen la que ha sentenciado y asesinado a los embaucadores de la secta y a los padres de Grant Fox.

—Es una opinión.

—En la roulotte de Lewis Benson, se encontró dinero pagado por John Berger. El paquete que contenía los billetes, además de las huellas del propio Benson, tenía las de Berger, hubiera bastado para sentarle ante un tribunal.

—Y un buen abogado le habría sacado con sobreseimiento de la causa.

—Fergus, yo no me creo que el consejo de administración de la aseguradora haya pagado tanto dinero y ordenado la muerte de esos fanáticos por una simple póliza de seguros.

—Puesto que ya no lo vas a repetir a nadie, te voy a decir la verdad.

Al oír el ruido de unas portezuelas al abrirse, Tramp miró hacia el furgón y de su interior vio salir a tres hombres armados con pistolas.

—Comprendo —dijo.

—No creerías de verdad que te iba a pagar doscientos mil dólares... Habría sido muy ingenuo de tu parte.

—La compañía aseguradora no es más que una tapadera de la mafia, ¿verdad?

—Caliente, caliente, caliente, casi diría que has dado en la diana.

—¿Y Grant Fox pagaba su racket para poder seguir actuando y con vida?

—De nuevo has acertado, Tramp. El treinta por ciento de todo lo que él cobraba, su manager Chester lo ingresaba en la cuenta de la aseguradora como si fuera en concepto de seguros. Es una forma como otra de disimular unos pagos.

—Racket mafioso...

—Sí —Fergus suspiró—. Grant Fox valía mucho, pero no hubiera volado tan alto de no abrirle las puertas y los padrinos abren esas puertas.

—Seguro, a quienes pueden proporcionarles los beneficios que buscan. La muerte de Grant Fox ha debido representar una gran pérdida para la mafia.

—Así es, se ha cerrado el grifo del oro y en consecuencia había que castigar a quienes lo habían cerrado son contar con nosotros.

—Y como perjudicados, al quedarse sin los beneficios de la extorsión, hicieron su *vendetta*.

—De nuevo aciertas, así están las cosas. Ah, este maletín que llevo sólo contiene unas revistas. ¿Cómo prefieres morir, Tramp?

—¿Temen que hable?

—En esta clase de negocios no se dejan cabos sueltos.

—Pues, lo siento, Fergus, yo tampoco soy ningún ingenuo. Preveía que iba a matarme; era demasiado dinero para darlo y he avisado a la policía, a sus antiguos compañeros.

—Esa treta no me la trago.

—Si me matan, habrá un proceso por asesinato, porque no escaparán de esta ratonera.

Los hombres armados que habían salido del furgón gruñeron:

—Es mejor salir de aquí sin hacer disparos, Fergus.

—¡No seáis estúpidos, matadlo!

Se escuchó una sirena de policía y los tres se alejaron corriendo hacia la escalera, sin hacer un solo disparo.

—Le han dejado solo, Fergus.

—¡Te mataré yo mismo!

Rápidamente, empuñó una pistola, pero Tramp se abalanzó contra él, golpeándole.

Se enzarzaron en una furiosa pelea, pero Tramp pudo con él, golpeándole en repetidas ocasiones.

Se abrió la puerta del estacionamiento y un coche policial descendió hacia el interior, ululando.

—¡Ahí vienen tus ex compañeros!

Fergus, desde el suelo, le dio una patada en la rodilla y Tramp cayó, lo que Fergus aprovechó para hacerse con la pistola.

—¡Quieto! —le ordenaron.

Fergus, viéndose perdido, hizo fuego contra el coche policial y, desde éste, replicaron con varios disparos, que lo derribaron herido de muerte.

—¡Tramp, Tramp! —gritó Xany corriendo detrás del coche policial mientras dos agentes trataban de sujetarla.

—No temas, Xany, estoy bien; esto ha terminado. Agentes, por arriba hay tres más —les dijo mientras los policías trepaban ya por las escaleras y, en el suelo, el ex capitán Fergus había dejado de agonizar.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.